

0010

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R. 433
22 de mayo de 1985
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

JUVENTUD Y EXCLUSION SOCIAL:
EL CASO CHILENO */

*/ Este trabajo fue preparado por el señor Javier Martínez, consultor de la División de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, con la colaboración del señor Eduardo Valenzuela, del Centro de Estudios SUR. Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

85-5-758

SECRET
3 - C

Indice

	<u>Página</u>
Resumen.....	ii
INTRODUCCION.....	1
I. EXPANSION DEMOGRAFICA Y EDUCACIONAL, CON CRISIS DE CRECIMIENTO.....	5
1. El factor demográfico.....	5
2. El factor educativo.....	11
3. La crisis del crecimiento.....	21
a) Los ciclos y la participación económica.....	25
b) El problema de largo plazo.....	30
II. EXCLUSION Y SEGMENTACION.....	34
1. La crisis del empleo obrero.....	35
2. Las categorías de la exclusión.....	40
a) La composición marginal.....	40
b) El desempleo entre los jóvenes.....	44
3. El segmento incluido.....	49
4. La crisis.....	53
III. INTEGRACION SOCIAL Y ORIENTACIONES DE ACCION.....	56
1. El tipo "integración-deprivación relativa": el caso universitario.....	57
2. El tipo "exclusión-deprivación absoluta": la juventud popular urbana.....	68
REFERENCIAS.....	80

Resumen

En este estudio se intenta un diagnóstico de la situación de la juventud chilena en la década de los años ochenta, centrando la atención en un proceso que se propone como clave central de interpretación: el proceso de "exclusión social". Por éste se entiende un cambio estructural a través del cual diversos conjuntos sociales, que ocupaban o aspiraban fundadamente a ocupar posiciones institucionalizadas en el sistema social, son expulsados de ellas o ven bloqueado el acceso a las mismas, permaneciendo compulsivamente al margen del sistema.

Estos procesos de exclusión se derivan de un estancamiento económico que puede definirse como de largo plazo, y en el marco de un modelo de crecimiento que ha determinado una acelerada desindustrialización y la aparición de un desempleo estructural situado establemente en tasas superiores a dos dígitos. Tales fenómenos se han producido precisamente en el momento que la pirámide de edades registra una mayor proporción de población en edad juvenil, y en que la acelerada expansión educativa de las décadas anteriores ha producido sus frutos; ambos factores hacen de la juventud probablemente la categoría social más golpeada por los procesos de exclusión.

El primer capítulo está orientado a mostrar la contradicción entre las tendencias demográficas y educacionales, que contribuirían a hacer de la juventud chilena en los ochenta uno de los actores centrales del proceso de desarrollo, y las tendencias del crecimiento económico que actúan en sentido contrario -acusando incluso una tendencia a la desaceleración de la disminución de la participación económica de los jóvenes.

Un análisis más detallado de la génesis y características de los procesos de exclusión se ofrece en el capítulo segundo, a partir del estudio de las transformaciones ocurridas en la estructura de posiciones sociales definidas según ocupaciones. Se señala al mismo tiempo que los procesos de exclusión van acompañados de la aparición

de una nueva segmentación de los mercados laborales accesibles a los jóvenes, caracterizada por el crecimiento de un reducido segmento moderno - particularmente en el sector terciario - que reemplaza parcialmente los canales tradicionales a través de los cuales los jóvenes se incorporaban a la sociedad "adulta".

El tercer capítulo está destinado a mostrar las implicancias de esta nueva segmentación sobre las orientaciones de acción de dos conjuntos de jóvenes expresivos de situaciones "típicas" desde el punto de vista de su integración social: en el marco de una extendida "rebelión" juvenil, asociada a la crisis del primer quinquenio de los ochenta, se diferencian así las orientaciones características en situaciones de integración con deprivación relativa (tomando a los estudiantes universitarios como caso "típico") y en situaciones de desintegración con deprivación absoluta (tomando como categoría "típica" a la juventud popular urbana).

INTRODUCCION

Un diagnóstico sobre la generación joven chilena de los años ochenta puede intentarse desde diversos ángulos. Desde luego, como se ha señalado repetidamente, la propia noción de juventud designa fenómenos muy diversos si se la enfoca desde el punto de vista de la biología, la psicología, la demografía o la sociología. Pero además, aún dentro de un mismo enfoque disciplinario, los énfasis pueden ser muy diversos según el problema o rasgo central que se propone como clave de interpretación del fenómeno.

Si más que un inventario de información sobre distintas facetas del problema juvenil en Chile lo que se busca es efectivamente un diagnóstico de esta generación, en los años ochenta, interesa preguntarse antes que nada qué es lo característico y peculiar de ella en relación a las generaciones jóvenes anteriores o a sus congéneres contemporáneas de otras sociedades.

No hay un método preciso para responder a esa pregunta. Uno puede observar distintas manifestaciones de la cuestión juvenil -por ejemplo, las conductas desviadas y adaptativas, la naturaleza y ajuste de las familias, las formas de socialización e incorporación a la sociedad "adulta" -y en todas ellas observar cambios de magnitud considerable en relación al pasado. Pero hay entre ellas un cierto orden jerárquico, en el sentido de que algunas de ellas son -al menos en un importante grado- determinantes o condicionantes de otras, o bien algunas de ellas responden a factores de carácter más universal (como "los avances de la civilización tecnológica"), en tanto otras son un producto específico y peculiar de la evolución histórica de la sociedad en estudio. Interesa describir la situación de la juventud chilena desde este último tipo de caracteres en la medida que éstos sean al mismo tiempo determinantes o condicionantes en alto grado de otras manifestaciones de la "cuestión juvenil" y en consecuencia permitan interpretarlas.

Desde la segunda post-guerra, poca duda cabía en América Latina acerca de que uno de los factores claves para interpretar la

situación y conductas de la juventud era la crisis de la sociedad tradicional y los procesos de modernización que estaban teniendo lugar aceleradamente. Quizás incluso este modelo fue exageradamente extrapolado hacia el conjunto de la región, donde se daban también situaciones de porfiada resistencia de la sociedad tradicional a su transformación, o aún de simple persistencia de la misma sin enfrentar ningún desafío significativo. Pero, si se hablaba de las naciones del Cono Sur, tales objeciones se disolvían rápidamente y de hecho se las consideraba el referente empírico por excelencia de tal modelo de comprensión.

Hoy día se deben apreciar las cosas desde una perspectiva más compleja. Por una parte, los procesos de modernización y liberalización que acompañaron a la expansión de las economías capitalistas luego de establecida la "pax americana" se enfrentaron a profundas crisis y redefiniciones. Por otra parte, los caminos diversos seguidos en cada sociedad nacional para hacer frente a éstas determinaron la aparición de rasgos distintivos en los principales actores y categorías sociales y, por ello, indujeron a re-enfocar en las peculiaridades de cada formación histórica y de sus evoluciones recientes, limitando a cada una de ellas la validez de los diagnósticos.

En el caso chileno, la evolución de la última década ha mostrado la aparición de un nuevo fenómeno, que afecta la estructura social misma y, con ello, al conjunto de las categorías y actores sociales. Tal fenómeno es el de la exclusión social. Por "exclusión" se entiende aquí el proceso de cambio estructural por el cual diversos conjuntos sociales, que en el pasado inmediato ocupaban de modo estable posiciones institucionalizadas del sistema social, o podían formar sólidas expectativas de incorporación a las mismas sobre la base de probabilidades reiteradamente establecidas por la evolución precedente, son expulsados de, o ven persistentemente bloqueadas las vías de acceso a estas posiciones y en consecuencia permanecen compulsivamente al margen del sistema sin pertenecer a una "subcultura" marginal o diferente de la que prevalece en el mismo.

La aparición de este fenómeno redefine a la casi totalidad de las categorías y actores sociales. Pero, probablemente, a ningún otro afecta de modo tan profundo y vasto como a la juventud.

La juventud fue una de los principales actores convocados -e incluso constituidos- por los procesos de modernización, y por ello conoció un fuerte incremento de su participación y de sus perspectivas de incorporación a los roles sociales formalizados, durante la fase expansiva aludida más arriba. La urbanización acelerada, la drástica ampliación de los sistemas educativos, la extensión de la ciudadanía política, la absorción creciente de mano de obra simple y calificada por los sectores modernos de la producción y los servicios, entre otros, fueron factores que movilizaron a la juventud y la convirtieron en uno de los actores más estrechamente comprometidos con el desarrollo y la modernización; en la medida que tales eran también los ejes de consenso entre la casi totalidad de los actores sociales y políticos, la juventud pasó a ser casi inadvertidamente uno de los actores centrales del sistema (lo que alcanzó una de sus manifestaciones más expresivas en la notable influencia política y cultural que llegaron a ejercer los movimientos estudiantiles, hacia fines de los años sesenta).

Precisamente por ello, la crisis, redefinición y deformación de los procesos de modernización incluyó a la juventud como una de sus principales víctimas: aún si la evolución histórica está muy lejos de mostrar un simple regreso a las formas tradicionales de organización y vida social, puede decirse que la exclusión ha afectado en la última década a la juventud chilena casi en la misma proporción en que ella fue incorporada a las posiciones centrales del sistema en las dos décadas anteriores.

Este trabajo se propone mostrar la magnitud y características de dicha exclusión social; si no se detiene a estudiar otras manifestaciones de la "cuestión juvenil" chilena en los años sesenta -drogadicción, delincuencia, radicalismo, desintegración familiar, etc.- es porque este proceso es de tal radicalidad que a

El están estrechamente vinculadas estas otras manifestaciones y sus modos de ocurrencia; si bien cada una de ellas merecería un estudio específico, un diagnóstico de conjunto de la situación de la juventud en este período debe centrarse en el rasgo que le es básico y constitutivo.

Se presta atención aquí particularmente a las dimensiones económicas de la exclusión, que representan condicionantes de más largo plazo para la juventud chilena. Las dimensiones políticas han sido dejadas intencionalmente fuera del análisis con el fin de concentrar la atención estrictamente en los factores estructurales y de larga duración.

I. EXPANSION DEMOGRAFICA Y EDUCACIONAL, CON CRISIS DE CRECIMIENTO

Paradójicamente, la década de los años ochenta aparece todavía marcada por dos de los factores estructurales que contribuyeron a otorgar un fuerte peso social a la juventud chilena en períodos anteriores: en primer lugar, la proporción de jóvenes en el conjunto de la población -y en particular en relación a la población urbana- nunca fue mayor que ahora. En segunda lugar, la población joven nunca tuvo mayores ventajas educativas en relación a la población adulta que ahora. Estos dos factores, que en circunstancias normales habrían operado en favor de una clara centralidad social de la juventud, se encuentran sin embargo contradictoriamente con una crisis estructural del crecimiento económico que anula los efectos de esos factores e incluso, en lo que se refiere a las ventajas educativas generacionales, tiende a revertirlos.

1. El factor demográfico

Entre 1960 y 1980, la población de Chile creció en una tasa promedio anual de 2.1%; la población joven entre 15 y 24 años, en tanto, lo hizo en una tasa de 3.1% al año. Así, mientras la población total crecía en 51.5% al cabo de dos décadas, la población joven había aumentado en un 84.6%. En 1960, la población joven representaba el 18% de la población total; en 1980, el 22%.

Este mayor crecimiento de la población joven obedece a dos factores concomitantes: en primer lugar, al relativo retraso con que Chile experimentó su proceso de transición demográfica; en segundo lugar, a la extraordinaria rapidez con que se produjo el mismo.

Si se tiene en cuenta que Chile se encuentra dentro del grupo de países de más alta y temprana urbanización de América Latina, y que ya hacia 1952 el 60.1% de la población vivía en la ciudades, no dejan de resultar considerables las altas tasas de natalidad y

mortalidad que exhibía a mediados de siglo. De hecho, este país era la excepción de la relación estrecha que manifestaban en América Latina estos indicadores con los procesos de urbanización (los cuales, como se sabe, modifican como norma general los patrones de fecundidad y mejoran las condiciones sanitarias de la población).

Cuadro 1

POBLACION DE CHILE, SEGUN GRANDES GRUPOS DE EDAD (1960-1980)
(Porcentajes entre paréntesis)

EDAD	1960	1970	1980 (*)	Δ % 60-80	TASA \bar{X} ANUAL
0 - 14	2.945.331 (39.94)	3.521.519 (39.50)	3.697.567 (33.09)	25.5%	1.1
15 - 24	1.322.473 (17.93)	1.684.866 (18.90)	2.441.253 (21.85)	84.6%	3.1
25 y más	3.106.258 (42.12)	3.707.846 (41.59)	5.035.308 (45.06)	62.1%	2.4
TOTAL	7.374.062 (100.0)	8.914.231 (100.0)	11.174.128 (100.0)	51.5%	2.1

* Estimado

A lo largo de casi un siglo, entre 1954 y 1952, la tasa promedio de crecimiento de la población chilena fue notablemente moderada, alcanzando al 1.4% anual. Sin embargo, entre 1952 y 1960 se produjo un salto en el crecimiento poblacional, situándose en un 2.76% al año, incluso superior al promedio latinoamericano. Este crecimiento estuvo asociado a un fuerte aumento de la natalidad y a una relativa disminución de la elevadísima tasa de mortalidad infantil (a esas fechas, una de las más altas del mundo).

La mortalidad muestra, por su parte, una tendencia descendente en todo el período aunque sus niveles son aceptablemente bajos sólo a partir de la última década ^{1/}. Esta reducción de la mortalidad general se ha conseguido especialmente a través de la caída drástica de la mortalidad infantil, cuya tasa desciende de 13.2% (sobre el total de niños menores de 1 año) en 1950, a 12.6% en 1960, 7.9% y finalmente 3.3% en 1980. Al mismo tiempo, la esperanza de vida ha mejorado paulatinamente: considerando los últimos años censales ésta se ha elevado en 10 años entre 1960 y 1980, alcanzando en este último los 67 años promedio de vida.

Los comportamientos diferenciales de la natalidad y mortalidad repercutieron sobre las tasas de crecimiento de la población, provocando su rápida expansión en los períodos en que se conjugaron descensos en la mortalidad con niveles aún altos de natalidad.

Este perfil del crecimiento demográfico chileno ha ido modificando la estructura de edades de la población. En lo que atañe a los grupos jóvenes, desde luego, significó un aumento acelerado de éstos en las décadas posteriores al cincuenta.

^{1/} En el período 50-60 la tasa de mortalidad general alcanza a 1.3% promedio anual; en el período 60-70 todavía alcanza una cifra superior al 1% anual; en el último quinquenio, en cambio, la tasa de mortalidad general se ha reducido a 0.7% promedio anual.

Según datos censales, el ritmo de crecimiento de la población joven (15-24 años) se ha venido incrementando sostenidamente, al punto que en la última década se duplican las tasas observadas en los años cuarenta.

Cuadro 2

TASAS MEDIAS ANUALES DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION POR GRUPOS DE EDADES (1940-1982)

	0 - 4	5 - 14	15 - 24	25 - 34	35 - 64	65 y más
1940 - 52	2.00	1.24	1.48	0.54	1.72	2.61
1952 - 60	4.10	2.79	1.66	2.60	1.98	3.44
1960 - 70	0.18	2.93	2.71	1.12	2.04	1.41
1970 - 80	1.25	0.00	2.91	3.89	2.90	3.03

En la última década, el 93% del crecimiento poblacional del grupo (0-24 años), es absorbido por los mayores de 14 años (jóvenes). Entre el 70-80 los grupos de 15-19 y 20-24 años presentan tasas de crecimiento cercanas al 3% anual. Sin duda, el efecto de la expansión poblacional de los cincuenta se concentra en los últimos años sobre la población joven.

Las proyecciones de población indican, sin embargo, que la importancia demográfica de los jóvenes tiende a declinar a partir de la década de los ochenta. Las tasas de crecimiento medio anual según las hipótesis recomendadas por el INE en el período 1980-1990 se colocan por debajo de 0.6 por ciento en ambos grupos (0.05% para el tramo 15-19 años y 0.55% para el tramo 20-24 años) para subir otra

vez en el último decenio (1990-2000) en que se calculan tasas de 1.96% y 1.50% medio anual respectivamente.

Cuadro 3

PROYECCIONES DE LA POBLACION JOVEN: CHILE 1950-2000

	15 - 19	%	20 - 24	%
1950	571.299	9.38	551.600	9.06
1960	757.637	9.99	625.100	8.24
1970	920.325	9.82	834.121	8.90
1980	1.219.256	10.83	1.104.322	9.81
1990	1.225.060	9.04	1.166.725	8.61
2000	1.487.476	9.38	1.354.096	8.54

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas. Proyecciones de población: 1950-2000.

El crecimiento de los grupos extremos de edad, que fue una característica importante de la evolución demográfica chilena durante los años de la transición, ha dado lugar a una situación en que prevalece el crecimiento acelerado de la población en edad activa, lo que reduce las tasas de la dependencia. Esto confirma las prevenciones que se hicieron respecto del impacto que tendrían las variables demográficas en la presión sobre los mercados de trabajo en los años venideros que, como hemos visto, se acumula en el caso de los grupos jóvenes sobre todo en la década de los setenta.

Cuadro 4

EVOLUCION DE LAS TASAS DE DEPENDENCIA DEMOGRAFICA 1952-82

(Porcentajes)

AÑO	Población menor de 15 años	Población entre 15 y 64 años	Población mayor de 65 años	Tasa de dependencia demográfica
1952 (*)	37.3	58.6	4.0	70.5
1960 (*)	39.7	56.0	4.3	78.3
1970 (*)	39.2	55.8	5.0	79.2
1980 (**)	33.1	60.0	6.9	66.7
1982 (***)	31.9	62.5	5.6	59.9

(*) Censo

(**) Encuesta Nacional del Empleo

(***) Estimación del I.N.E. al 30 de junio de 1982

Tal presión se verificaba particularmente en las áreas urbanas y grandes ciudades. En la Región Metropolitana (que incluye Gran Santiago y localidades aledañas) el ritmo de crecimiento de la población joven es mucho mayor que a nivel nacional. Según estadísticas del INE, el grupo 15-19 años presenta en Santiago tasas de crecimiento de 3.07% y 3.74% promedio anual entre 1960-1970 y entre 1970 y 1980, respectivamente (contra tasas nacionales de 1.96% y 2.87% respectivamente). El grupo 20-24 años, por su parte, muestra tasas de crecimiento en la Región Metropolitana de 4.44% y 2.98% en iguales períodos (contra 2.93 y 2.86 por ciento que son sus registros nacionales).

Cuadro 5

PORCENTAJES DE LA POBLACION JOVEN QUE HABITA EN LA REGION METROPOLITANA
(Sobre el total nacional de jóvenes)

	1960	1965	1970	1975	1980
15 - 19	31.1	33.1	34.7	36.8	37.8
20 - 24	33.4	36.4	38.7	37.7	39.2

Fuente: Proyecciones de población INE.

Conviene agregar, sin embargo, que la migración rural-urbana parece haber disminuido en este último tiempo (especialmente por las difíciles condiciones ocupacionales que presentan las ciudades), lo cual afectaría sensiblemente el crecimiento de la población joven en las áreas metropolitanas -toda vez que la mayor parte de los flujos migratorios está compuesto por personas que tienen entre 20 y 30 años . Tal hipótesis, sin embargo, queda simplemente como una interrogante, mientras no se publiquen los últimos datos censales.

2. El factor educativo

Hacia comienzos de los años sesenta, la tasa de asistencia escolar a la edad de quince años era en el conjunto del país 56.4%. Esta tasa se elevó al 70.1% en 1970 y al 84.2% en 1980. A la edad de 18 años la comparación es todavía más impresionante: del 22.7% que asistía en 1960 se pasó al 33.9% en 1970 y al 60.3% en 1980. Para un joven de 18 años que vivía en algún centro urbano, el nivel modal de instrucción se encontraba en 1960 entre los cuatro y seis años de estudios; en 1970 éste se elevaba al tramo entre 7 y 9 años

de estudios, y en 1980 al tramo entre 10 y 12 años. Una auténtica revolución educativa se ha producido en el país en las últimas décadas, cuyas magnitudes y características es preciso tener en cuenta cuando se habla de la actual generación joven de Chile.

Durante un largo período, la repercusión esperable del acelerado aumento de la población joven sobre los mercados de trabajo resultó aminorada por la expansión de los sistemas escolares. Como es conocido, la extensión de los períodos de escolaridad retrasa el ingreso de los jóvenes al mundo laboral; y, en efecto, tal situación hizo caer sostenidamente las tasas de participación económica, especialmente del grupo menor de 20 años, que se benefició con la expansión de la educación media y los avances en la cobertura de la enseñanza primaria (sobre todo con su extensión hasta el octavo grado). En menor medida, esto mismo ocurrió con el grupo 20-24 años a través de la expansión de la enseñanza superior.

Sin sufrir un vuelco dramático, estas tendencias se han desacelerado y en ciertos casos detenido en la última década: la situación que muestran los cuadros Nº 6, 7 y 8 para los años de referencia oculta en efecto la ocurrencia de procesos de distinto signo a lo largo del período analizado, por lo que es conveniente distinguir al menos dos fases en su interior: la primera, de expansión acelerada y sostenida, entre los años 1963-1973; la segunda de contención, que comienza en 1973 y se prolonga hasta hoy.

Cuadro 6
TASAS DE ASISTENCIA ESCOLAR

	TOTAL HOMBRES MUJERES 1960			TOTAL HOMBRES MUJERES 1970			TOTAL HOMBRES MUJERES 1980		
	<u>TOTAL PAIS</u>								
15-24 AÑOS	21.9	23.3	20.5	31.9	34.4	29.5	47.4	49.3	45.4
15-19 AÑOS	34.6	36.0	33.3	48.3	50.8	45.8	68.6	69.8	67.4
20-24 AÑOS	6.33	7.3	5.5	12.2	14.1	10.3	20.3	22.7	17.9
<u>URBANO</u>									
15-24 AÑOS	28.1	31.0	25.7	36.7	40.3	33.5	51.1	54.0	48.2
15-19 AÑOS	44.4	47.2	42.0	55.1	58.5	52.0	74.0	76.2	71.9
20-24 AÑOS	8.5	10.8	6.8	14.8	17.9	12.1	22.8	26.1	19.6
<u>RURAL</u>									
15-24 AÑOS	8.7	10.1	7.1	14.6	16.2	12.5	28.6	28.6	28.7
15-19 AÑOS	14.5	16.9	11.3	24.2	27.4	20.4	43.5	43.6	43.5
20-24 AÑOS	1.6	1.3	1.9	2.1	2.1	2.2	6.6	6.8	6.2

Fuente: OMUECE

Cuadro 7

TASAS DE ASISTENCIA ESCOLAR SEGUN EDADES (Total País)

EDAD	1960	1970	1980
15	56.4	70.1	84.2
16	41.0	59.3	78.5
17	33.7	46.6	72.3
18	22.7	33.9	60.3
19	15.7	26.5	45.6
20	10.6	19.6	32.7
21	8.5	14.7	25.2
22	5.0	11.4	17.3
23	3.7	8.4	15.1
24	3.0	5.9	8.8

Fuente: OMUECE

Cuadro 8

VALORES MODALES DE INSTRUCCION SEGUN EDADES CHILE URBANO,
1960-1970-1980

EDAD	VALORES MODALES DE INSTRUCCION (EN AÑOS DE ESTUDIOS CURSADOS)		
	1960	1970	1980
5-9	0.66	0.92	2.65
10-14	4.16	5.16	6.20
15	6.00	7.96	8.69
16	6.61	8.23	9.71
17	7.39	8.51	10.83
18	6.66	8.87	11.12
19	5.99	10.12 (6.89)*	11.13
20	5.84	6.30 (10.16)*	11.19
21	5.76	6.28 (10.00)*	11.18
22	5.63	6.04	11.22
23	5.82	6.01	11.24
24	6.00	5.96	11.22

Fuente: OMUECE

* Segunda moda

En el período 1960-1970 la educación básica se expande a un ritmo similar al de la década anterior, alcanzando un crecimiento acumulativo anual cercano al 2%. La cobertura aparente de la educación media y universitaria, en cambio, crece aceleradamente con tasas de 8.6% y 8.7% anual respectivamente, por encima del crecimiento demográfico de los grupos de edad correspondientes. Tales tendencias se intensifican en el subperíodo 70-73: en este último año, la cobertura de la educación media alcanzaba el 42.9% de los jóvenes de 15-19 años contra el 14.4% que comprendía en 1960; la cobertura de la enseñanza universitaria, por su parte, logró su registro histórico más alto abarcando al 16.8% de los jóvenes de 20-24 años contra solamente un 4.0% que alcanzaba a comienzos de la década anterior.

Cuadro 9
EVOLUCION DE LA COBERTURA APARENTE DEL SISTEMA EDUCATIVO
POR NIVELES */

	Ed. básica y media (6-18 años)	Ed. media (15-19 años)	Ed. universitaria (20-24 años)	Total (0-24 años)
960	62.8	14.4	4.0	33.2
970	81.9	32.8	9.2	47.0
973	91.3	42.9	16.8	54.5
980	88.2	44.4	10.8	50.8

Fuente: Echeverría (1982) con base en información del INE.

(*) Matriculados sobre total del grupo-edad correspondiente.

Esta impresionante expansión de los sistemas educacionales en los años sesenta y comienzos de los setenta muestra claros síntomas de agotamiento desde la instauración del régimen militar, cuya política se ha orientado a contener las demandas sociales por educación, a la vez que por privatizar su crecimiento (y en el último tiempo incluso por descentralizar su administración), reduciendo de esta manera la responsabilidad y la presión que usualmente se ejerció sobre el Estado en materias educacionales.

Cuadro 10

TASAS DE CRECIMIENTO ANUAL DE LA MATRICULA SEGUN NIVELES DEL SISTEMA EDUCATIVO Y DE LA COBERTURA APARENTE DE LOS MISMOS (*)

	1960-1970	1970-1973	1973-1980
EDUCACION BASICA	4.73	4.31	-0.81
% 6-14 AÑOS	1.87	3.29	-0.39

EDUCACION MEDIA	10.75	13.85	2.82
% 15-19 AÑOS	8.62	9.34	0.71

EDUCACION UNIVERSITARIA	12.04	23.69	-2.50
% 20-24 AÑOS	8.69	22.23	-5.70

Fuente: Echeverría (1982), con base en datos del INE.

(*) Crecimiento de la cobertura aparente: crecimiento de la proporción de matriculados sobre el total de individuos del grupo-edad correspondiente.

La dinámica de los sistemas escolares en las últimas décadas queda claramente definida a partir de estas informaciones; cabría destacar que la notable expansión educativa del período 1965-1973 (uno de los procesos más masivos de la región) benefició también de modo muy directo a los estratos medios y superiores a través del acceso creciente a la educación media y superior, niveles donde se verificaron las tasas más altas de expansión. Por otra parte, la gratuidad o semi-gratuidad de la enseñanza superior constituyó propiamente un subsidio a las clases medias, que se vieron favorecidas con educación de bajo costo y altos rendimientos diferenciales en los mercados de trabajo. Las oportunidades de movilidad social ascendente para la nueva generación de clase media se multiplicaron y ello se expresará luego en los procesos de movilidad ocupacional que registran estos jóvenes incluso durante la última década.

Por el contrario, la contracción que se produce con posterioridad a 1973 afecta claramente la matrícula de la enseñanza superior y de la enseñanza básica, reduciendo al mismo tiempo casi a cero el crecimiento acelerado que venía experimentando la enseñanza media. Estos procesos han ido acompañados de un intento de descentralización del sistema escolar (por medio del traspaso de la administración de los establecimientos desde el Ministerio de Educación hacia los Municipios) que ha tendido a traducirse en una marcada segmentación social de la educación fiscal al pasar a depender la calidad de ésta de recursos locales altamente estratificados. Esta forma de segmentación educativa ha venido a sobreponerse a la ya tradicional entre establecimientos públicos y privados. Por otra parte, la selectividad del sistema escolar se ha reforzado en perjuicio de los estratos bajos, cuyas oportunidades de ascenso educacional (que tradicionalmente operan por la vía de la expansión de la matrícula fiscal y de las ramas técnico-profesionales de la enseñanza) se han visto considerablemente disminuidas. Para los estratos medios las posibilidades de movilidad

educacional se alivian en los últimos años con la expansión de la enseñanza superior no universitaria, aunque precisamente en este nivel se han comenzado a acumular enormes dificultades en el acceso a mercados calificados de trabajo.

La evolución del sistema escolar en estos años posee otra característica singular que ha sido menos destacada en los estudios educacionales. En el último quinquenio, la caída en los niveles de escolaridad de los jóvenes coincide con una reducción en la oferta de educación, pero también con aumentos en la deserción escolar motivados por las condiciones de crisis económica aguda que imperaron entre los años 1975, 1976 y 1981 en adelante.

Es muy difícil separar el efecto de ambas situaciones. La caída en el gasto público en educación puede sintetizarse con dos gruesos indicadores: el gasto fiscal en educación, medido en dólares constantes de 1976, llega al punto más bajo precisamente en 1975 en que se gasta solamente el 56% de la inversión realizada en 1972, el mejor año en esta materia. El gasto público en educación (que incluye el gasto estatal en organismos descentralizados, principalmente las universidades) también encuentra su registro más bajo en aquel año reduciéndose al 61% del gasto realizado en 1972. En ambos casos, además, la proporción del gasto educacional sobre el gasto fiscal o público total cae fuertemente y la expansión de la matrícula particular no alcanza a compensar los déficits fiscales que se registran. (Latorre, 1978).

Por otro lado, Livacic (1982) ha seguido los efectos del ciclo económico sobre los niveles de escolaridad de jóvenes del Gran Santiago de 14-19 años. (Ver cuadro). Las disminuciones de la tasa de escolaridad que se aprecian durante la crisis de 1975 coinciden con aumentos netos en las tasas de participación laboral de los jóvenes. El aumento en la participación económica de estos jóvenes, en el marco de un desempleo agudo, indica que la necesidad de apoyar la subsistencia familiar motiva un flujo importante de deserción escolar prematura (especialmente el nivel secundario), reforzando el efecto de la caída en la matrícula escolar.

Cuadro 11

TASAS DE ESCOLARIDAD DE JOVENES SEGUN GRUPOS DE EDAD
(Gran Santiago)

EDAD	1965	1967	1969	1971	1973	1975	1977	1979	1981
14-15	78.7	81.5	85.8	90.1	92.1	90.9	90.7	94.4	90.6
16-17	51.4	56.3	67.4	75.3	80.0	78.2	77.0	79.2	79.8
18-19	34.3	34.8	40.5	56.3	58.9	56.2	52.4	49.7	53.5

Fuente: Encuesta de Ocupación y Desocupación. Universidad de Chile, en Livacic (1982).

El Cuadro 11 aclara también el impacto diferencial de estas caídas según las edades: en el tramo 14-15 y 16-17 años los niveles de escolaridad se recuperan rápidamente con posterioridad a la crisis; entre los jóvenes de 18-19 años, en cambio, la caída se prolonga durante todo el quinquenio y sólo remonta parcialmente a comienzos de los ochenta: sobre este grupo de edad influye el efecto de arrastre de la deserción escolar de los grupos de edad menores (que no retornan al sistema escolar) así como su propia deserción favorecida por las mayores posibilidades de encontrar empleo en edades superiores. En este período de crisis, por lo tanto, la demanda por educación ha disminuido por la necesidad de buscar trabajo que asiste a los jóvenes de estratos bajos. La aparición de una nueva y profunda crisis recesiva desde el segundo semestre de 1981 probablemente ha acentuado estas

tendencias, aunque la información es aún escasa para documentar suficientemente esta proposición.

3. La crisis del crecimiento

Sector social extenso, altamente instruido -con niveles casi tres veces superiores al promedio de la generación de sus padres- y con antecedentes migratorios ya remotos, la juventud chilena actual se hallaría aparentemente en condiciones óptimas para hacerse cargo de las complejas tareas exigidas por la vida urbana, la modernización social y el desarrollo político y económico. De hecho, la notable expansión del sistema escolar del último cuarto de siglo ha tenido como uno de sus objetivos principales el de vincular a la juventud con el proceso de desarrollo.

Sin embargo, para que ella pudiera efectivamente cumplir ese papel, tenía que producirse paralelamente a la expansión escolar una expansión comparable de los sectores modernos de la producción, el comercio y los servicios, que eran los llamados a absorber el empleo de mayor calificación. Y tal expansión no se produjo.

Hacia mediados de la década de los años sesenta, cuando las políticas de expansión y modernización educativas tuvieron un fuerte impulso gubernamental, el país se encontraba ante el agotamiento de la llamada etapa "fácil" de la sustitución de importaciones principalmente debido al estrangulamiento externo de su economía. El desarrollo de esta estrategia suponía en efecto una alta disponibilidad de divisas para abastecer de insumos, bienes intermedios y de capital importados a la industria en expansión, lo que fue puesto en jaque por el abrupto deterioro de la situación chilena de comercio exterior, extremadamente dependiente del precio del cobre, hacia mediados de la década de los años cincuenta. En la búsqueda de una

estrategia coherente, se intentó entonces una profundización del proceso de industrialización que incluyó al menos dos caminos paralelos: de una parte, un esfuerzo por disminuir la dependencia de insumos importados y por incrementar la eficiencia económica (lo que se tradujo en estímulos a la exportación y a la producción de bienes durables, intermedios y de capital); de otra parte, la generación de nuevos y más amplios mercados que hicieran racional y viable el desarrollo de tales industrias.

La aparición de ciclos recesivos cada vez más fuertes (1962-64, 1967-69) y la presión cada vez mayor de los sectores de la población mayoritariamente excluidos de los beneficios del sistema económico (especialmente campesinos y "pobladores") contribuyeron a restar viabilidad a un amplio consenso en torno a las tareas de la fase de "sustitución difícil" de importaciones; más aún, ambos factores se potenciaron recíprocamente -produciendo un incremento constante del gasto público que pasó a ser un verdadero indicador del conflicto social- al punto de hacer depender las posibilidades del crecimiento económico de la adopción de gruesas opciones en torno a la distribución del poder entre los grupos sociales.

La trágica historia chilena durante los años setenta es ampliamente conocida; detrás de los violentos acontecimientos políticos que la marcaron, ella implicó la sucesión de dos estrategias radicalmente distintas de crecimiento económico: la primera de ellas (1970-1973), identificando el origen del estancamiento en factores estructurales -alto grado de concentración económica, desigual distribución del ingreso, retraso del sector agrícola, heterogeneidad de las estructuras productivas- se propuso enfrentar estas barreras mediante drásticas modificaciones en la concentración de la propiedad y en la distribución del ingreso, en la orientación del esfuerzo productivo hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la población y en el levantamiento de la productividad de los sectores más rezagados

de la economía, propendiendo al pleno empleo de sus capacidades instaladas. Tras un primer momento de francos éxitos de coyuntura, la fuerte expansión de la demanda no se vió acompañada de una respuesta comparable de la oferta y ello trazó el escenario en que se desenvolvería una aguda lucha entre grupos sociales. La segunda estrategia, en muchos sentidos polarmente opuesta a la anterior, arrancó de la idea de que el estancamiento era resultado de una sobreprotección de la economía chilena y de un peso excesivo del Estado que impedía la operación de las leyes del mercado, inhibiendo ambos factores la iniciativa privada. Las orientaciones fueron en este caso la apertura más drástica hacia el exterior comercial y financiera) y el traspaso acelerado hacia manos particulares de la propiedad de recursos económicos estatales, así como la reducción drástica del gasto y el empleo públicos.

Se ha señalado que entre los resultados netos de esta experiencia, más allá de algunos efectivos incrementos en la eficiencia a nivel micro-económico, deben destacarse una acelerada desindustrialización y terciarización del producto y el empleo; la persistencia de un muy elevado desempleo estructural, que se arrastra ya más de una década; la drástica reducción, relativa y absoluta, de las ocupaciones asalariadas y el crecimiento de posiciones independientes tanto empresariales como de subsistencia; y una importante caída en la tasa neta de inversión, que indica que el sector privado no tuvo el dinamismo mostrado por el Estado en período anteriores para iniciar nuevas grandes obras productivas y de infraestructura (por el contrario, hay indicaciones claras de una conducta francamente especulativa del sector privado durante el período de aplicación de esta política). (Martínez y Tironi, 1983).

Pero interesa destacar también que esta experiencia ha estado lejos de mostrar tendencias claras y uniformes a lo largo del período de su aplicación y que, tanto como un saldo neto de estancamiento, ha tenido una influencia decisiva en los actores y

categorías sociales la sucesión de violentos y cortos ciclos de recesión y expansión económicas (aunque estos últimos puedan calificarse de "ficticios" debido a la anormal afluencia de créditos externos originada en el exceso de liquidez internacional). Los efectos de ambos fenómenos: agudas oscilaciones cíclicas en la actividad económica; y saldo neto de estancamiento en el largo plazo, deben ser analíticamente separados en relación a la población joven y, específicamente, a la participación económica de la misma.

Las cifras disponibles de los últimos censos muestran claramente el descenso en las tasas de participación económica de los jóvenes resultante de la expansión educacional: la oferta de trabajo de los jóvenes de 15-19 años disminuye, a nivel nacional, de 42.2% en 1960 a 30.7% en 1970, e incluso lo hace en términos absolutos. Este descenso es más agudo en las zonas urbanas (cuya tasa desciende de 38.8% a 27.3%), que son justamente las que más se benefician del mayor crecimiento educacional, y mucho más intenso en el caso de los hombres, cuya tasa cae de 61.7% a 45.3% en el período.

Cuadro 12

TASAS DE PARTICIPACION ECONOMICA DE LOS JOVENES, SEGUN ZONA DE RESIDENCIA, SEXO Y GRUPOS DE EDAD (1960-1970)

AÑO	TASAS DE PARTICIPACION ECONOMICA				
	TOTAL	URBANO	RURAL	HOMBRES	MUJERES
		15 - 19 AÑOS			
1960	42.2	38.8	49.6	61.7	23.5
1970	30.7	27.3	41.6	45.3	16.6
		20 - 24 AÑOS			
1960	60.9	61.4	59.6	91.6	32.4
1970	57.4	56.8	59.5	84.8	31.8

Fuente: Censos Nacionales de Población

La actividad laboral de los jóvenes de 20-24 años también se reduce entre estos años aunque ciertamente en una proporción menor. En este caso, la caída en la tasa de participación se presenta solamente en las zonas urbanas y otra vez preferentemente entre los hombres quienes se benefician más de la expansión de las oportunidades de educación superior.

Las proyecciones indicaban que la tasa de participación de los jóvenes de 14-19 años debía seguir descendiendo en las próximas décadas, como consecuencia de los avances en la cobertura escolar, mientras aumentaría la proporción de activos en el grupo 20-24 años exclusivamente por una mayor incorporación de mujeres en los mercados de trabajo. Esto último debido al descenso en la tasa de natalidad y la disminución del promedio de hijos de las familias, que reducen el período de crianza culturalmente asignado a las mujeres. Asimismo la progresiva terciarización del empleo ofrecería mayores oportunidades laborales a las mujeres. Sin embargo, ninguna de estas tendencias se manifestó en forma nítida en la década del setenta.

a) Los ciclos y la participación económica

La irregularidad del crecimiento económico chileno agrega nuevas complejidades al conocimiento de la forma en que se incorporan los jóvenes a la actividad económica. Varios estudios recientes han intentado avanzar hipótesis sobre el tema y allegar evidencia en respaldo de las mismas. Cáceres (1981) ha señalado por ejemplo que la actividad económica del grupo 15-19 años desciende abruptamente en los años de mayor expansión escolar (1968-1973), pero luego aumenta durante la aguda crisis recesiva de 1975-1976. Rosales (1979) había estudiado anteriormente la tendencia cíclica de la tasa de participación secundaria en el caso de las mujeres, descubriendo que la participación femenina en los estratos bajos sube durante la crisis de 1975 (sobre todo en los grupos)

mayores de 20 y menores de 45 años), mientras en el estrato alto la participación alcanza su nivel más bajo en todo el período bajo estudio (1957-1977). Este mismo fenómeno ayuda a explicar también que el incremento esperado en la participación femenina no se produzca por lo menos hasta esa fecha.

Cáceres analiza el comportamiento cíclico que tiene la participación laboral de la fuerza de trabajo secundaria: en condiciones de crisis económica (con altos niveles de desempleo y caída de los ingresos personales) la fuerza de trabajo secundaria, principalmente jóvenes y mujeres, tiende a incorporarse a los mercados laborales. En condiciones de estabilidad y prosperidad económicas se retorna a la inactividad. Cáceres agrega que esta situación se produce preferentemente en los estratos bajos, toda vez, que la fuerza de trabajo secundaria de los estratos altos (sobre todo las mujeres) tiende, al contrario, a retirarse de la actividad laboral en períodos de crisis. En los estratos urbanos bajos, en cambio, la cesantía del jefe de hogar o la disminución de los ingresos familiares impulsa a jóvenes y mujeres a buscar empleo: unos abandonan la escuela prematuramente mientras otras posponen sus responsabilidades domésticas.

Las series de participación del grupo 14-19 años, sin embargo, muestran un descenso sostenido que sólo se interrumpe en los años de crisis aguda que siguen a la instauración del régimen posterior a 1973. 1/

Durante los ciclos recesivos anteriores (1958 y 1968) la tasa de participación continuó bajando en todos los estratos. En el caso de los jóvenes, al menos, la tesis de Cáceres se aplica sólo en el marco

1/ En términos absolutos la oferta de trabajo entre los jóvenes de 14-19 años viene disminuyendo sostenidamente hasta 1973; en los años siguientes se eleva para comenzar a disminuir otra vez, alcanzando cifras siempre menores en el último quinquenio a las que se registraron en la década anterior. Livacic (1982) ha estimado la oferta de trabajo en estas edades en alrededor de 80.000 jóvenes en el Gran Santiago.

de crisis económica aguda; **los** ciclos recesivos de finales de la década del 50 y 60 son mucho menos intensos y no alcanzan a afectar el comportamiento laboral de los jóvenes. Además, estos ciclos se dan en períodos ininterrumpidos de expansión escolar lo que no ocurre, como se ha visto, en la crisis de mediados de los setenta en que la cobertura y el gasto público en educación caen notoriamente.

Durante la actual crisis los datos de la Universidad de Chile son paradójales: la tasa de participación aumenta en 1981 (siguiendo la trayectoria indicada por estos estudios) y desciende en 1982 en plena crisis. Aquí primaría el caso del trabajador desalentado: la magnitud del desempleo abierto, incluso mayor que en la crisis anterior, desalienta la búsqueda de empleo por parte del grupo más joven (desempleo oculto).

Cuadro 13

TASAS DE PARTICIPACION DE GRUPOS JOVENES EN EL GRAN SANTIAGO
(1960-1982)

	14-19 años Cáceres	15-19 años U.CH.	20-24 años Cáceres	20-24 años U.CH.
1960	31.1	25.7	60.4	60.5
1961	30.5	21.7	60.6	58.1
1962	31.9	23.4	57.8	57.0
1963	29.6	23.7	59.3	58.8
1964	30.5	25.0	57.4	56.1
1965	32.1	26.8	59.9	59.7
1966	30.1	25.2	60.0	60.6
1967	31.0	25.8	61.1	61.4
1968	30.1	24.5	60.0	61.0
1969	27.4	23.1	62.2	61.1
1970	22.5	19.0	60.4	60.9
1971	20.5	16.5	59.3	58.9
1972	17.8	14.5	58.8	57.8
1973	16.7	14.5	55.2	56.3
1974	22.9	20.6	56.0	59.1
1975	20.9	18.1	56.5	57.5
1976	20.8	18.2	59.5	59.8
1977	18.6	15.1	56.2	56.3
1978	18.9	15.9	55.1	55.7
1979		15.0		57.1
1980		12.5		56.3
1981		15.6		54.8
1982		12.5		58.1

Fuente: Encuesta de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile.

- a) Los datos de Cáceres para el grupo 20-24 años consideran solamente la fuerza de trabajo secundaria en ese tramo de edad.
- b) Los datos de la Universidad de Chile (no publicados) excluyen en ambos grupos las servidoras domésticas que trabajan puertas adentro, razón por la cual las tasas aparecen subestimadas.

La tasa de participación del grupo de edad 20-24 años es mucho mayor fluctuando en alrededor del 60% de la población comprendida en ese grupo de edad. La serie de Cáceres, que abarca solamente la fuerza de trabajo secundaria entre 20-25 años, sigue más de cerca el comportamiento cíclico que comentamos, aunque con tendencias más suaves que en el grupo etario inferior. La selectividad laboral se reduce en los tramos superiores de edad, aún cuando no se tenga responsabilidades en la mantención de un hogar. En la serie de la Universidad de Chile para jóvenes de 20-24 años todavía es posible apreciar el aumento en la tasa de participación en el período actual de crisis económica, a diferencia del grupo menor. ^{1/} Lamentablemente no es posible desagregar por sexo esta información.

Se debe mencionar, por último, el comportamiento diferencial de las tasas de participación según estratos de ingreso. La participación masculina de los jóvenes de estratos bajos es usualmente mayor que en los altos, debido a las diferencias educacionales y las necesidades correspondientes de conseguir ingresos en edades más tempranas. En el grupo 14-19 años, la proporción de activos es dos veces más alta en el estrato bajo que en el alto. Cáceres también informa (aunque no presenta datos precisos) que "la tasa de participación de los hombres entre 20-25 años resulta ser superior en los sectores pobres y menor en los estratos de ingreso medio alto y alto".

^{1/} La oferta de trabajo en el grupo 20-24 años se habría duplicado en los últimos veinte años: en 1980 reuniría aproximadamente 250.000 trabajadores en el Gran Santiago. La oferta de trabajo sólo disminuye en los primeros años de la década del 70 cuando caen las tasas de participación. La fuerza de trabajo, sin embargo, crece con más rapidez en el período 60-70 en que muestra una tasa promedio anual de 4.5%; en el período 70-80 en cambio crece con una tasa de sólo 2.2% anual. Tales cifras están afectadas, como hemos dicho, por la desaceleración en el crecimiento de los jóvenes metropolitanos.

Cuadro 14

TASAS DE PARTICIPACION DE HOMBRES ENTRE 14-19 AÑOS SEGUN ESTRATOS DE INGRESO.

Años	Bajo	Medio bajo	Medio alto	Alto
59-61	42.4	39.1	38.4	20.9
62-64	42.3	44.3	35.4	20.1
65-67	38.2	41.1	40.5	20.6
68-70	39.1	32.1	36.1	18.1
71-73	24.2	27.2	20.7	9.1
74-76	32.5	28.7	26.9	19.3
77-78	21.6	26.9	22.3	13.3

Fuente: Encuestas de ocupación y desocupación, Universidad de Chile

b) El problema de largo plazo

La mayor parte de estos estudios sin embargo, asumen que las oscilaciones en las tasas de participación obedecen solamente a la ocurrencia de ciclos expansivos o recesivos de corto plazo, dentro de una tendencia general al descenso originada principalmente en la expansión de la cobertura escolar. Un análisis atento de los datos relativos a actividad y asistencia escolar que proporcionan los censos y encuestas nacionales de hogares de base censal permitiría sin embargo pensar que en la última década se ha producido un importante cambio en la estructura económica que está induciendo nuevas tendencias en la distribución de los jóvenes según actividad y asistencia.

Cuadro 15

POBLACION JOVEN DE 15-24 AÑOS, SEGUN CONDICIONES DE ASISTENCIA Y
 ACTIVIDAD: 1960, 1970, 1980
 (miles de personas, % entre paréntesis)
 15-24 AÑOS

ASISTEN NO ASISTEN

		ASISTEN	NO ASISTEN
ACTIVOS	1960	12.2 (0.9)	663.6 (50.2)
	1970	28.2 (1.7)	663.4 (39.9)
	1980	116.1 (4.8)	824.5 (33.8)
INACTIVOS	1960	276.8 (20.9)	369.8 (28.0)
	1970	502.0 (30.2)	468.6 (28.2)
	1980	1,040.1 (42.6)	460.0 (18.9)

15-19 AÑOS

ASISTEN NO ASISTEN

		ASISTEN	NO ASISTEN
ACTIVOS	1960	8.1 (1.1)	303.8 (41.8)
	1970	12.5 (1.4)	253.2 (27.9)
	1980	61.7 (4.5)	239.7 (17.6)
INACTIVOS	1960	243.2 (33.5)	171.1 (23.6)
	1970	426.2 (46.9)	217.3 (23.9)
	1980	876.0 (64.1)	188.7 (13.8)

		20-24 AÑOS	
		ASISTEN	NO ASISTEN
ACTIVOS	1960	4.1 (0.7)	359.8 (60.3)
	1970	15.7 (2.1)	410.1 (54.5)
	1980	54.5 (5.1)	584.8 (54.4)
INACTIVOS	1960	33.6 (5.6)	198.7 (33.3)
	1970	75.7 (10.1)	251.3 (33.4)
	1980	164.1 (15.3)	271.3 (25.3)

En efecto, lo fundamental en el cambio de tendencias de la última década es la franca disminución relativa de los jóvenes que no asisten y son inactivos, lo que indica una acelerada incorporación a la actividad (habitualmente no acompañada de una incorporación efectiva a la ocupación). Si se compara la distribución efectiva de los jóvenes según condiciones de actividad y asistencia en 1980 con la distribución "teórica" que debió haberse producido de mantenerse las tendencias de la década anterior (Cuadro 16), puede concluirse en efecto lo siguiente:

- En primer lugar, la disminución "real" de la condición de inactividad es la transformación más importante que ha ocurrido, siendo su magnitud estimable en 212.8 mil personas;
- en segundo lugar, el incremento en la condición de asistencia es notablemente más lento que el de la actividad (correspondiendo aproximadamente a un tercio de éste);
- en tercer lugar, dos tercios del incremento adicional de la asistencia se explican por el incremento del grupo de los asistentes activos;
- y finalmente dos tercios de la reducción del grupo de los inactivos que no asisten resultan explicados por la incorporación a la actividad sin asistencia escolar.

Cuadro 16

1980: DIFERENCIAS ENTRE LAS DISTRIBUCIONES "TEORICA"
Y "EFECTIVA" DE LOS JOVENES SEGUN CONDICIONES DE ACTIVIDAD
ECONOMICA Y ASISTENCIA ESCOLAR. (15-24 AÑOS, MILES DE PERSONAS).

	ASISTEN	NO ASISTEN
ACTIVOS	+ 51.2	+ 161.6
INACTIVOS	+ 22.0	- 234.8

Fuente: Cuadro 15

Estas características son típicas de períodos de crisis económica, en que se incorporan masivamente a la actividad la llamada "fuerza de trabajo secundaria" y, en efecto, el grupo sometido a una mayor incorporación a la actividad está compuesto principalmente por mujeres, en el tramo de edad de 15 a 19 años y de los niveles educativos más bajos (menos de seis años de estudios).

Pero se debe cuestionar también el carácter efectivamente "secundario" de esta fuerza de trabajo joven: en efecto, el año que se ha tomado como referencia (1980) no es un año que pueda definirse como carecterístico de una crisis recesiva de corto plazo: por el contrario, según estimaciones oficiales el período 1976-80 se caracteriza por un sostenido crecimiento del producto a tasas superiores o cercanas al 8% anual, y es sólo dos años después que se inicia un severo ciclo recesivo. Parecería pues mucho más fundada una hipótesis que asociara tales tendencias con un estilo de crecimiento que, aún en sus períodos de mayor auge mantuvo tasas de desempleo que duplicaron las tasas históricas y niveles de salario real de la fuerza de trabajo ocupada

significativamente inferiores a los de la década anterior. En la medida que por largo tiempo se han mantenido condiciones de desocupación o bajos salarios de los jefes de hogar, se ha iniciado una reversión de la tendencia a la baja de las tasas de participación que ha comenzado por el "eslabón más débil", esto es, por aquellos miembros de los grupos familiares cuya incorporación a la actividad implicaba menores costos de corto y largo plazo ("inactivos- no asisten"). Esta incorporación puede sufrir cambios marginales de magnitud incluso apreciable con los ciclos económicos, pero depende principalmente del marco económico general en que éstos se desenvuelven -y, en particular, con el nivel continuado de oportunidades de trabajo e ingresos que éste permite a los jefes de hogar de los estratos menos favorecidos de la sociedad-.

II. EXCLUSION Y SEGMENTACION

El punto donde la promesa modernizadora ha resultado más inconsistente ha sido, sin duda, el campo ocupacional. Aquí la conjunción de una incorporación creciente de grupos jóvenes a la actividad económica (pese a que la cobertura educacional continúa expandiéndose) y la incapacidad de la economía por generar, e incluso mantener, ciertos volúmenes históricos de empleo, produjeron un fenómeno de exclusión ocupacional aguda que ha repercutido particularmente sobre las nuevas generaciones.

El término adecuado para describir la precariedad ocupacional de los jóvenes en la última década es efectivamente el de "exclusión". Con ello se indica que las oportunidades de empleo asalariado o establecido se redujeron notablemente, cayendo tanto la proporción como el volumen de jóvenes que anteriormente conseguirían integración ocupacional. La exclusión es diferente, pues, la "marginalidad" ocupacional, tal como fue descrita en los años sesentas. La marginalidad tradicional suponía un punto de partida muy distinto,

generalmente migrantes de origen rural y baja escolaridad que no habían sido integrados en el mundo urbano. La exclusión indica, por el contrario, el estado de marginalidad ocupacional que afecta a una cohorte de población que otrora tuvo -o al menos conseguía crecientemente- acceso a empleos urbanos establecidos, y que por añadidura, fue movilizaba social y culturalmente en esa dirección. La exclusión, por lo tanto, describe el proceso de involución de la estructura ocupacional en la última década, y simultáneamente de los procesos de integración social que se habían iniciado anteriormente. La exclusión debe ser distinguida también del mero desempleo estadístico. La exclusión ocupacional no proviene ni de los cambios en la oferta de trabajo (presión demográfica o incorporación de fuerza de trabajo secundaria en períodos de crisis), ni tampoco exclusivamente de coyunturas recesivas, aunque ambas cosas deben ser tomadas en cuenta. El origen de la exclusión se encuentra en modificaciones en la estructura del empleo (crisis industrial, reducción del empleo público, etc.) y, por ende, en los patrones de desarrollo, que reducen y deterioran la capacidad de la economía por generar empleos establecidos. La exclusión, por lo tanto, proviene de procesos estructurales que estabilizan y aumentan la masa de desempleados, trabajadores marginales y pobreza urbana.

1. La crisis del empleo obrero

El origen de la exclusión ocupacional de los jóvenes se encuentra principalmente en la reducción del empleo obrero, en particular en la industria manufacturera. Como se señaló, en la última década la participación de la industria en el producto y en el empleo cayó visiblemente como resultado de las políticas de apertura externa y liberalización de los mercados de trabajo. El sostén de los procesos de modernización de antaño -la industria sustitutiva de importaciones con apoyo y protección estatal- se desplomó con consecuencias alarmantes en materia de integración ocupacional.

Cuadro 17

PARTICIPACION RELATIVA DEL EMPLEO OBRERO (NO-AGRICOLA)
Y EMPLEO OBRERO INDUSTRIAL EN GRUPOS DE JOVENES Y
EN EL TOTAL DE LA P.E.A. OCUPADA

	AÑOS	JOVENES (15-24 Años)	TOTAL
Obreros sobre total de ocupados	1971	37.3	31.2
	1980	26.3	22.7
	1982	17.5	19.1
Obreros sector productivo sobre total de ocupados	1971	27.0	23.1
	1980	14.6	14.2
	1982	9.5	10.7
Obreros sector productivo sobre total de obreros	1971	72.6	74.0
	1980	55.6	62.8
	1982	54.3	56.2
Obreros industriales sobre total obreros	1971	56.3	50.5
	1980	38.6	40.6
	1982	35.8	39.2

Fuente: Martínez y León (1984)

El Cuadro ilustra suficientemente esta situación: a) la proporción de obreros -trabajadores manuales con estatuto de asalariados- disminuyó fuertemente a lo largo de la década: al comenzar ésta, cerca de un 40% de los jóvenes ocupados eran obreros. Al finalizar sólo un cuarto de ellos mantenía este status,

y esa proporción se redujo todavía más en épocas de crisis (1980-1982). La proporción de obreros en el total de los ocupados cayó pues vertiginosamente; b) la reducción del empleo obrero es especialmente significativa en los sectores productivos (industria, construcción, transporte y minería); al finalizar la década los obreros jóvenes en sectores productivos representaron proporcionalmente la mitad de los ocupados en estas posiciones al comienzo de la misma apenas un 15% de los ocupados en 1980, contra el 27% en 1971; c) conjuntamente, se produjo un cambio en la composición interna del empleo obrero: éste, en efecto, se ha terciarizado, vale decir, aumenta la proporción del empleo obrero no productivo (en los sectores comercio y servicios) en el total de la ocupación obrera, transformación que repercute desventajosamente sobre las condiciones de trabajo, nivel de ingresos, estabilidad y posibilidades de sindicalización de los jóvenes obreros; d) la reducción del empleo obrero productivo, además, se concentra en la industria manufacturera: mientras antes el empleo obrero era básicamente industrial (cerca de un 60% de éstos se concentraban en la industria), al finalizar la década la proporción de obreros industriales en la ocupación obrera se había reducido a menos del 40%; e) por último, también se ha quebrado la importancia relativa de los obreros jóvenes sobre los adultos, especialmente en los sectores productivos, vale decir, se produjo un envejecimiento de la población obrera, signo inequívoco de las dificultades que han tenido los jóvenes para incorporarse en este sector.

Estos son, pues los fundamentos de la crisis ocupacional que sufrieron los jóvenes: reducción neta de las ocupaciones obreras, especialmente en los sectores productivos, y entre éstos, en la industria manufacturera; terciarización del empleo obrero, y con ello informalización y degradación de estas ocupaciones pese a su status asalariado, y finalmente, envejecimiento de la población obrera, y por lo tanto, bloqueos en la incorporación de jóvenes en estas posiciones.

Una información complementaria sobre estos procesos se se presenta en el Cuadro 18, que señala los volúmenes y la participación del empleo obrero en la P.E.A. no agrícola joven (excluye a los ocupados en la agricultura). Estos datos muestran más detalladamente la magnitud de la reducción del empleo obrero productivo y la incidencia de la depresión industrial en esta disminución.

Como vemos, los obreros industriales representaban el 24% de la P.E.A. no agrícola joven en 1971 (alrededor de 140 mil trabajadores jóvenes en la industria), mientras en 1980 esta proporción había descendido a sólo 9.5% (cerca de 75 mil obreros industriales). Los descensos se producen en la industria tradicional (alimentos, bebidas, tabaco, textiles, vestuario, etc.) y, sobre todo, en la industria sustitutiva moderna (madera, productos químicos, caucho y plástico, cemento, etc.), sectores ambos donde se encontraba el empleo obrero joven en la industria. Sólo las posiciones obreras en la industria estratégica y la minería mantienen su peso relativo, pero en ambos casos representan una proporción muy poco importante del proletariado joven. La crisis se concentra en la industria sustitutiva que reduce, en el lapso de una década, alrededor de 65 mil puestos de trabajo anteriormente ocupados por jóvenes. También se registran descensos en los sectores de la construcción (pese a que a finales de la década se asiste a una coyuntura favorable en este terreno) y del transporte, que en conjunto añaden una reducción cercana a 15 mil empleos productivos.

Cuadro 18

PARTICIPACION DE OBREROS Y ARTESANOS EN LA P.E.A. NO AGRICOLA
JOVEN (15-24 AÑOS)

	1971		1980		1982	
	%	N	%	N	%	N
Obrero industria tradicional	14.7	(84.4)	6.2	(49.7)	4.1	(33.7)
Obrero industrial moderna	9.2	(52.9)	2.8	(21.9)	1.4	(11.1)
Obreros sectores estratégicos excluido cobre	0.5	(2.8)	0.5	(4.1)	0.1	(1.0)
Obreros construcción	5.5	(31.5)	3.1	(24.4)	1.6	(13.1)
Asalariados minería	1.0	(6.2)	1.0	(8.1)	0.4	(3.2)
Asalariados transporte	5.0	(29.1)	2.6	(21.0)	1.6	(13.2)
Obreros sector productivo	35.9	(206.9)	16.2	(129.2)	9.2	(75.3)
Obreros Comercio y Servicios	11.7	(67.5)	13.9	(110.8)	10.5	(86.5)
Artesanos	4.7	(27.0)	4.1	(32.5)	2.9	(24.2)
<hr style="border-top: 1px dashed black;"/>						
TOTAL OBREROS Y ARTESANOS	52.3	(301.4)	34.2	(272.5)	22.6	(186.0)
<hr style="border-top: 1px dashed black;"/>						
TOTAL P.E.A NO AGRICOLA 15-24 AÑOS	100.0	(575.6)	100.0	(798.5)	100.0	

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas. Chile. (Entre paréntesis se indican las cifras absolutas en miles). Martínez y León 1984.

La caída en el empleo obrero productivo no alcanza a ser compensada por los obreros en comercio y servicios, y tampoco por el artesanado. Los obreros en sectores no productivo incrementan su participación en la P.E.A. no agrícola joven de 11.7% a 13.9%, mientras los artesanos descienden de 4.7% a 4.1% entre el comienzo y el final de la década. La expansión de las actividades manuales en el sector terciario no alcanza a contrarrestar la depresión aguda del empleo industrial. El artesanado, por su parte, siempre ha sido una posición preferentemente adulta, por los requisitos de destreza y capital que requiere, y con ello, una alternativa ocupacional muy difícil para los jóvenes excluidos de la industria.

2. Las categorías de la exclusión

La crisis del empleo obrero repercutió obviamente en el incremento de la exclusión ocupacional entre los jóvenes, que alcanza un registro totalmente inédito en este período. Los jóvenes "excluidos" -considerando tales a los que permanecen desocupados, en los programas gubernamentales de empleo mínimo, en el servicio doméstico y a los trabajadores por cuenta propia en comercio y servicios marginales- han duplicado su proporción en la P.E.A. no agrícola joven, pasando de 23.3% a 45.5% entre 1971-1980, lo que significa un aumento absoluto de 230 mil jóvenes. La década de los setenta se cierra, en efecto, con 363,0 mil jóvenes excluidos, y había comenzado solamente con 134,4 mil en esta condición.

a) La composición marginal

En las categorías tradicionales de la marginalidad ocupacional se incluye, en primer lugar el empleo doméstico, que tiende a estabilizarse en el último decenio: su peso relativo se mantiene en alrededor del 11% de la P.E.A. joven, aunque en números absolutos esto significa un incremento de casi 23 mil jóvenes en estas actividades.

Cuadro 19

COMPOSICION OCUPACIONAL DE LA JUVENTUD "EXCLUIDA", 1971,
1980, 1982.

ESTRATO OCUPACIONAL	1971		1980		1982	
	N	%	N	%	N	%
Empleo doméstico	66.5	(49.5)	89.1	(24.5)	70.05	(14.5)
Empleo marginal en Comercio y Servicios	19.8	(14.7)	33.2	(9.1)	27.9	(5.7)
PEM-POJH	-	-	46.9	(12.9)	98.7	(20.3)
Cesantes y Buscan Trabajo	48.1	(35.8)	193.8	(53.4)	288.6	(59.4)
TOTAL "EXCLUIDOS"	134.4	(100.0)	363.0	(100.0)	485.7	(100.0)
JOVENES EXCLUIDOS sobre PEA No-Agrícola 15-24 años		(23.3)		(45.5)		(59.1)

Es importante destacar aquí la evolución del empleo doméstico, cuya tendencia histórica indicaba una reducción sostenida de su participación en la P.E.A. joven. Las cifras de la Universidad de Chile señalan que entre 1960 y 1970 el servicio doméstico cae de 27.9% a 21.9% en el grupo 15-19 años, y de 20.2% a 15% en el grupo de 20-24 años. En el último decenio, en cambio, la proporción de empleadas domésticas prácticamente se estabiliza con tasas de 20.7% y 13.2% en ambos grupos de edad respectivamente. Un estudio de Heskia (1980) indica la proporción de empleo doméstico en la P.E.A. joven ocupada para el período 1957-1979. De acuerdo con sus datos, en todo este período, las servidoras domésticas han concentrado en promedio el 26% de las ocupaciones femeninas en el grupo de 14-19 años y aproximadamente el 15% en el grupo 20-25 años. La serie de Heskia permite advertir un descenso (a veces discontinuo) de la proporción de domésticas en ambos grupos, que alcanza su punto más bajo en 1974 con proporciones de 13.1% y 4.7% respectivamente, para elevarse a partir de la crisis de 1975 y situarse en los años restantes cerca del promedio histórico indicado. Rosales (op. cit) también arriba a esta conclusión: "la evolución de las empleadas domésticas señala una consistente tendencia a la baja hasta el año 1974, donde la proporción de empleadas domésticas fue sólo de un 17% del total de mujeres ocupadas. Dicha tendencia es bruscamente revertida hasta alcanzar en 1977 casi la misma proporción que hace veinte años: 27% en 1957 y 25% en 1977".

La reducción del empleo doméstico ha sido explicada tanto por una caída en la actividad laboral de las mujeres jóvenes, como por la mayor cobertura escolar y nivel de instrucción que gozan. Como se ha dicho, la crisis hace subir la tasa de participación de las mujeres jóvenes de estrato bajo quienes acceden otra vez al servicio doméstico. La escasa diversificación del empleo femenino en estos estratos -profundiza por la reducción de la proporción

de obreras también detectada por Rosales ^{1/-} alienta este destino de la ocupación femenina.

En lo referente a las restantes categorías que componen la marginalidad ocupacional, cabe mencionar el aumento de los "comerciantes marginales" que crecen de 2.3% a 3.1% en el período (más de 10 mil jóvenes se incorporan en esta actividad). La proliferación de los comerciantes ambulantes es un fenómeno característico de la crisis del empleo, sobre todo, en las grandes ciudades. Mucho más importante, sin embargo, es la aparición del PEM que congregaba en 1980 casi 50 mil jóvenes y representaba el 5.9% de la PEA joven. El PEM (Programa del Empleo Mínimo) fue creado durante la crisis de 1975 como una forma de amortiguar los efectos del desempleo generalizado. Tras la crisis, sin embargo, el programa se mantuvo fluctuando entre 120 y 180 mil personas (hasta que se expande nuevamente con la crisis recesiva actual) y recogió crecientemente a jóvenes y mujeres sin empleo. En 1980 los jóvenes representaron conjuntamente el 54.9% del programa en este año.

Con todo, las ocupaciones marginales representan menos de la mitad de la exclusión: el 53.4% de los "excluidos" en 1980 eran desocupados, mientras en 1971 el desempleo sólo representaba un tercio de la exclusión. En efecto, el signo fundamental de la exclusión en la última década ha sido inequívocamente la desocupación, cuyo volumen ha aumentado tres veces, pasando de 48.1 mil jóvenes a 193.8 mil jóvenes y de 8.3% a 24.3% de la P.E.A. joven. El desempleo abierto ha sido la forma predominante que asume la crisis ocupacional en estos años.

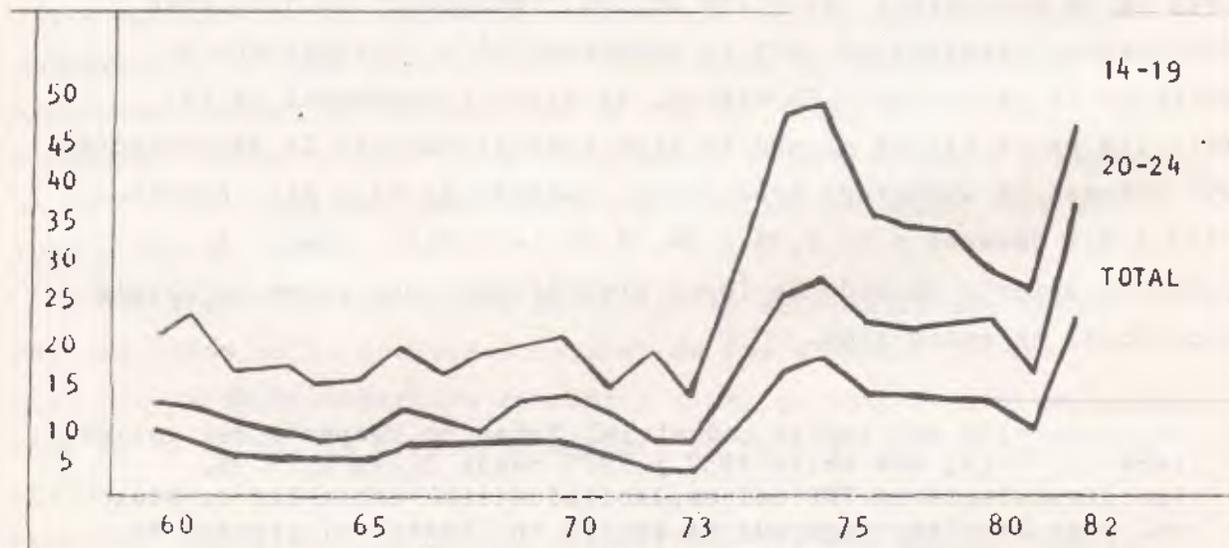
^{1/} La proporción del empleo industrial femenino respecto del empleo femenino total cae entre 1957 y 1977 desde 32.4% a 21.9%. Aproximadamente un 70% del empleo industrial entre las mujeres del Gran Santiago responde al empleo en "textiles, prendas de vestir e industrias del cuero" que, como se sabe, ha sido una de las ramas industriales más afectadas en este tiempo. (Rosales, obra citada).

El desempleo entre los jóvenes

La desocupación ha seguido en el último cuarto de siglo una evolución bastante definida. Habitualmente se distingue una fase, que cubre los años sesenta, caracterizada por tasas relativamente bajas de desempleo; otra, que abarca el período 70-73, marcada por políticas de empleo masivo, que hacen descender la desocupación a sus registros históricos más bajos, y una última fase de aumento explosivo del desempleo que, incluso más allá de las crisis recesivas, mantienen un volumen muy alto de población excluida del empleo. La evolución del desempleo entre los jóvenes sigue esta misma trayectoria, como se muestra más abajo según las series de desocupación para el Gran Santiago de la Universidad de Chile.

Gráfico 1

EVOLUCION DE LAS TASAS DE DESOCUPACION DE GRUPOS JOVENES Y TOTAL DE LA FUERZA DE TRABAJO. GRAN SANTIAGO (1960-1982)



Encuesta de Ocupación y Desocupación de U. de Chile.
(Junio de cada año)

Según estos datos, el desempleo registra un promedio de 36.7% en el grupo 14-19 años y 23.2% en el grupo 20-24 años en el período 74-82, más que duplicando con ello los promedios históricos obtenidos en los años anteriores. La desocupación crece desmedidamente en épocas de crisis; sin embargo, nunca cede verdaderamente en el curso de esta década. En efecto, aún en períodos de "prosperidad" económica, la desocupación abierta se mantiene en alrededor del 25% de la fuerza de trabajo joven (desde luego, siempre con tasas diferenciales según la edad). Aún sin contar los períodos de crisis, en estos años se ha mantenido regularmente a alrededor de 200 mil jóvenes fuera del empleo.

Algunas consideraciones adicionales sobre el desempleo entre los jóvenes se desprende de los datos que proporciona la Universidad de Chile, siempre referidos al Gran Santiago.

a) En primer lugar, es sabido que aquellos que buscan trabajo por primera vez son mayoritariamente jóvenes. La tendencia histórica indica que la proporción de B.T.P.V. entre 14-19 años se va reduciendo, como resultado de la mayor cobertura escolar y del retraso consiguiente en la edad de ingreso a la fuerza de trabajo. Las series de Aravena (1981) indican claramente que esta situación se revierte, no obstante, en el período de crisis 74-76 donde la proporción de B.T.P.V. entre 14-19 años vuelve a elevarse considerablemente. Aravena señala también que esta incorporación de jóvenes al trabajo apremiado por la crisis económica se produce en los estratos bajos y principalmente entre los hombres.

b) En segundo lugar, como es natural en un período de alto desempleo, la duración de la desocupación ha aumentado. Para el total de la fuerza de trabajo la cesantía en el último período se ha incrementado en un promedio de 7 semanas aproximadamente respecto de la década anterior. El tiempo de permanencia del cesante fluctúa en estos años entre 45 y 50 semanas en el Gran Santiago. El tiempo de búsqueda de los B.T.P.V., por su parte, también aumenta ubicándose entre 25 y 28 semanas promedio en el último quinquenio. (Livacic, op.cit)

Pese a estos aumentos en la duración de la desocupación tanto el tiempo de búsqueda de los B.T.P.V. (mayoritariamente jóvenes) como la duración de la cesantía entre los jóvenes es menor que entre los adultos. Existen dos explicaciones complementarias sobre esto: por un lado, los altos niveles que alcanza la desocupación juvenil desalientan la búsqueda de trabajo por tiempos prolongados, es decir, los jóvenes vuelven a la inactividad con mayor rapidez favorecidos además por su condición de fuerza de trabajo secundaria; por otro lado, en estas edades la rotación de empleos es muy alta: los jóvenes obtienen trabajos esporádicos e inestables que consiguen con mayor facilidad, pero que pierden sucesivamente. Se ha sugerido además, en este sentido, que en los mercados informales (a los cuales acceden en gran número los jóvenes) existen mayores facilidades de acceso, precisamente por tratarse de mercados de baja calificación y especialización donde prima el trabajo en unidades pequeñas y, muchas veces, la auto-ocupación.

c) En tercer lugar, conviene detenerse en algunas informaciones sobre la escolaridad de la fuerza de trabajo de los grupos jóvenes. Como se ha dicho, la escolaridad de los jóvenes (utilizando como parámetro solamente el promedio de años de estudio) ha aumentado fuertemente en estas décadas, incluyendo la escolaridad media de los ocupados y de los cesantes. Es fácil advertir que los jóvenes que se incorporan a la fuerza de trabajo presentan un nivel promedio de años de estudio siempre menor que el conjunto, a la vez que los ocupados poseen en ambos grupos mayores niveles educativos que los cesantes.

Sin embargo los cesantes han mejorado su promedio de escolarización en mayor proporción que el conjunto de jóvenes en ambos grupos de edad. Los jóvenes cesantes están mejor instruidos que hace una década atrás y las distancias educacionales se han reducido en una medida no despreciable, sobre todo en este último período.

Cuadro 20

AÑOS DE ESTUDIO PROMEDIO POR GRUPOS DE EDAD Y SITUACION
OCUPACIONAL.

	5-19	15-19	15-19	20-24	20-24	20-24
	TOTAL	OCUPADOS	CESANTES	TOTAL	OCUPADOS	CESANTES
1960-1969	7.9	6.3	5.4	8.5	7.0	5.7
1970-1973	8.7	6.9	6.6	9.7	8.6	7.3
1974-1982	9.0	7.9	7.2	10.1	9.5	8.3

Fuente: Encuestas de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile. (Incluye solamente hombres)

La distancia promedio entre la tasa general de escolaridad y la de los cesantes se ha reducido de 2.5 años en el período 60-69 a 1.8 años en el período 74-82 en ambos grupos de edad.

d) Por último, se debe destacar la distribución diferencial del desempleo según el origen social de los jóvenes. Cáceres tiene información sobre esta materia, que se expone más abajo. Los diferenciales de desocupación son enormes: en los extremos tenemos que los jóvenes entre 14-19 años de bajos ingresos presentan una tasa de desempleo entre cinco y seis veces más alta que los jóvenes de estrato alto. En el grupo de 20-25 años (que incluye sólo fuerza de trabajo secundaria) las diferencias son de una magnitud similar. Si se considera además que las tasas de participación son también diferentes en los distintos estratos, estas desigualdades en la distribución del desempleo se multiplican en términos absolutos.

Cuadro 21

TASAS DE DESOCUPACION SEGUN ESTRATOS DE INGRESOS POR GRUPOS DE EDAD.

	14 - 19 años				20 - 25 años			
	BAJO	MEDIO BAJO	MEDIO ALTO	ALTO	BAJO	MEDIO BAJO	MEDIO ALTO	ALTO
1960	31.8	25.3	13.6	7.7	30.7	14.2	12.4	6.5
1965	28.0	14.8	10.3	5.2	22.5	12.2	7.0	1.7
1970	40.0	20.0	15.2	7.3	31.9	13.9	12.5	5.1
1973	22.6	13.2	9.8	3.7	17.6	5.6	6.9	3.0
1975	64.7	46.0	36.7	11.3	57.9	45.0	16.1	7.4
1978	54.7	38.7	17.8	9.4	50.0	31.8	17.3	8.5

Fuente: Encuestas de Ocupación y Desocupación de la Universidad de Chile. En Cáceres (1981).

Cabe destacar la magnitud del desempleo en los estratos bajos a partir de la crisis de 1975, y el crecimiento explosivo de la desocupación en los estratos medio-bajos que mostraban en los años anteriores tasas relativamente moderadas. En los sectores de menores ingresos prevalece una situación de desempleo generalizado durante los períodos de crisis, que ha superado la mitad de la fuerza de trabajo joven en estos años (esta situación tendió a agudizarse con posterioridad a 1982, y a ello obedeció justamente la creación de un nuevo programa especial de empleo estatal destinado -a diferencia del Programa de Empleo Mínimo- exclusivamente a los jefes de hogar).

El desempleo, por lo tanto, afecta a magnitudes enormes de jóvenes, principalmente de los estratos bajos y medios bajos, y se incrementa fuertemente en períodos de crisis, sobre todo por la incorporación de jóvenes menores de 20 años que desertan de la escuela (con retornos muy improbables).

3. El segmento incluido

Pese a que el signo fundamental de la década ha sido la exclusión creciente de jóvenes de la estructura formal del empleo, debemos dedicar un párrafo a aquellos que han conseguido una integración ocupacional razonable en este período. Nos referimos a los trabajadores no manuales que se alojan principalmente en el sector terciario, vale decir, a los grupos que acceden a los estratos medios y superiores de la escala ocupacional.

La expansión del empleo terciario no marginal ha sido una de las características centrales de las transformaciones ocupacionales de la última década. En términos generales, los estudios sobre estratificación han concluido que la proporción de los estratos medios y superiores del empleo (principalmente las categorías oficinistas y vendedores, cuenta propia en el comercio y profesionales independientes) continuaron en la última década el proceso de franco crecimiento que venía desenvolviéndose desde 1960, aunque el ritmo de ese aumento disminuyó en estos años (Martínez y Tironi, 1983). También se ha dicho que en el último decenio se produce, no obstante, un reacomodo interno en estas posiciones, especialmente por la transferencia de empleo público al sector privado, y por la interrupción del proceso de asalarización de los grupos medios, quienes se reconvierten hacia el empleo independiente.

La participación de los jóvenes en estas posiciones, sin embargo, no sigue exactamente estas tendencias. En la P.E.A. no-agrícola joven, el peso de las ocupaciones no-manuales no aumenta durante la década, incluso disminuye levemente de 23.4% a 20.9% en los años considerados. Sin duda, si consideramos

solamente la P.E.A. ocupada, tales empleos aumentan su peso relativo, lo que confirma que la crisis ocupacional no se localiza en este sector, sino, como hemos visto, en las ocupaciones manuales en el sector productivo. El peso relativo y el volumen de empleos no manuales, sin embargo, se incrementa mucho más significativamente entre los adultos, lo que muestra que la expansión del sector terciario no ha beneficiado prioritariamente a los jóvenes.

Este impacto diferencial de la expansión del sector terciario obedece a distintas razones. Por un lado, el crecimiento de las actividades comerciales ha mejorado la posición de los jóvenes en una sola categoría, los empleados de comercio; entre los adultos, en cambio, también crecen las posiciones independientes en el comercio, los grandes propietarios de comercio (vinculados al comercio importación-exportación) y los comerciantes detallistas. También son adultos los que se alojan en los restantes sectores independientes: los dueños de medios de transporte (camiones y taxis), los profesionales liberales y el empresariado no comercial. La hipótesis acerca de la interrupción del proceso de asalarización de los grupos medios se confirma efectivamente. Entre los jóvenes, no obstante, estas ocupaciones independientes se reducen, y continúan siendo cerca de tres veces menos importantes, en términos relativos, que entre los adultos, seguramente por los requisitos de capital que requiere establecerse en forma independiente. El empleo no manual entre los jóvenes es, pues, abrumadoramente asalariado, y no se producen variaciones en el último período en este sentido.

Con todo, la mayor parte del crecimiento de las ocupaciones no-manuales se localiza en el empleo burocrático, ya sea en la burocracia estatal tradicional (que incluye solamente administración pública y defensa) o en la llamada burocracia moderna (que combina empleo público en el sector descentralizado y empleo en servicios privados). Estos datos no permiten detectar la transferencia de

empleo público (que se produce precisamente en el sector descentralizado, especialmente en las entidades de fomento del Estado) al sector privado (donde crecen espectacularmente los servicios de intermediación financiera y comercial). Pese a ellos, muestran que las posiciones burocráticas han crecido significativamente, y que este incremento se produce sobre todo en las posiciones intermedias de mayor calificación y nivel de ingresos. Esto refleja la vitalidad y modernización de los servicios en la última década. Sin embargo, este dinamismo tampoco favorece a los jóvenes: aquí el peso relativo el empleo burocrático cae de 17.0% a 13.6% (siempre sobre la P.E.A. no-agrícola joven), mientras entre los adultos se incrementa de 20.9% a 23.3%. Todo esto resulta paradójico considerando que los jóvenes cuentan con calificaciones modernas, y por lo tanto con ventajas para incorporarse en estas ocupaciones. Es probable, sin embargo, que estas ventajas no alcancen a reflejarse en edades tan tempranas, vale decir, en la cohorte de jóvenes menores de 25 años, que carecen todavía de los requisitos de calificación y edad para incorporarse en tales empleos.

La expansión del empleo medio en el sector terciario, por lo tanto, no ha mejorado sustancialmente el perfil ocupacional de los jóvenes, ya sea porque en estas edades se accede fácilmente a la propiedad de medios de producción ni se logra formar capital para establecerse en forma independiente (lo que hace que el crecimiento de los dueños de comercio y de medios de transporte se produzca siempre entre los adultos) o porque las posiciones asalariados de mayor calificación están también vinculadas con la edad. Pese a todo, los empleos medios y superiores no han generado exclusión en este período: las posiciones medias en comercio y servicios han logrado mantener un volumen semejante de empleo joven.

Cuadro 22

DISTRUBUCION DE LA P.E.A. JOVEN Y ADULTA, NO-AGRICOLA,
EN POSICIONES OCUPACIONALES MEDIAS Y SUPERIORES
(1971-1980)

	15 - 24 AÑOS				25 Y MAS AÑOS			
	1971		1980		1971		1980	
	N	%	N	%	N	%	N	%
Empresarios de Comercio	-	-	0.7	(0.1)	6.9	(0.4)	21.0	(0.9)
Empresarios otros Sectores	0.5	(0.1)	1.2	(0.2)	32.2	(1.8)	29.0	(1.3)
Profesionales y Técnicos liberales	2.3	(0.4)	3.2	(0.4)	18.9	(1.0)	32.2	(1.4)
Pequeños empresarios en transportes	4.1	(0.8)	4.1	(0.5)	41.4	(2.2)	50.9	(2.2)
Comerciantes detallistas	13.1	(2.3)	11.6	(1.5)	123.6	(6.7)	187.3	(8.1)
Empleados de Comercio	16.4	(2.8)	29.6	(3.7)	44.6	(2.4)	58.8	(2.6)
Burocracia estatal tradicional alta	0.9	(0.2)	0.6	(0.1)	16.5	(0.9)	8.9	(0.4)
Burocracia estatal tradicional media	1.3	(0.2)	5.0	(0.6)	4.0	(0.2)	39.7	(1.7)
Burocracia estatal tradicional baja	9.4	(1.6)	7.0	(0.9)	32.0	(1.7)	41.0	(1.8)
Burocracia moderna alta	4.2	(0.7)	3.4	(0.4)	49.1	(2.7)	51.8	(2.2)
Burocracia moderna media	16.9	(2.9)	19.5	(2.4)	87.9	(4.8)	146.1	(6.3)
Burocracia moderna baja	65.7	(11.4)	73.8	(9.2)	195.0	(10.6)	252.2	(10.9)
TOTAL MEDIOS Y SUPERIORES	134.8	(23.4)	159.7	(20.0)	652.1	(35.4)	918.9	(39.8)
TOTAL P.E.A. NO-AGRICOLA	575.6	(100.0)	798.5	(100.0)	842.1	(100.0)	1308.8	(100.0)

Fuente: Martínez y León (1984), con base en datos I.N.E.

4. La crisis

Las tendencias ocupacionales de los jóvenes en la última década (estabilización del empleo medio, reducción de los obreros y aumento de las ocupaciones marginales y del desempleo) encuentran su culminación en la crisis recesiva que afecta actualmente a la economía chilena. La exclusión alcanza magnitudes alarmantes: aumenta de 45.5% de la P.E.A. joven en 1980 (363 mil jóvenes como hemos visto) a 59.1% en 1982 (485.7 mil jóvenes al comenzar la crisis). Simultáneamente, el deterioro de las posiciones formales (obrerros y empleados) en la ocupación alcanza un volumen de 100 mil empleos en el corto lapso de dos años: 432,2 mil en 1980 (54.5% de la P.E.A. no-agrícola joven) y 335.4 mil en 1982 (solamente el 41.9% de aquélla). La crisis se presenta, pues, como una verdadera catástrofe ocupacional que afecta súbitamente acerca de un 25% de los jóvenes que habían conseguido alguna integración laboral en las ya deprimidas condiciones de empleo que imperaban al finalizar la década.

El impacto de la crisis confirma las tendencias que hemos descrito en las secciones anteriores. La reducción de las posiciones formales en la ocupación perjudican, como había ocurrido en el decenio, prioritariamente a los jóvenes, quienes soportan una nueva reducción de -24.7%, mientras los mayores de 24 años sufren una reducción de la tasa de empleos formales de -15.9%. Los jóvenes son siempre más sensibles al deterioro de las ocupaciones formales en la economía, seguramente porque se localizan en sectores más precarios (industria tradicional, construcción, comercio, y en general en establecimientos pequeños) y asimismo porque usualmente poseen una inserción laboral más inestable (menores calificaciones y menor antigüedad, así como una más débil posición contractual).

La crisis provoca, otra vez, una severa reducción de los obreros en sectores productivos que registran una caída espectacular

de -40.7% (mientras entre los adultos es -29.9%). En este caso, la crisis afecta por igual al empleo obrero en la industria manufacturera (incluyendo a los sectores estratégicos), que quedan reducidos a un volumen insignificante (5.6% de la P.E.A. total, vale decir, 45 mil jóvenes), en la construcción (apenas el 1.6% de la P.E.A., es decir, 13 mil jóvenes), en el transporte y en la minería. Los sectores productivos expulsaron más de 50 mil jóvenes obreros (la mitad de la expulsión total), quedando reducidos solamente al 9.2% de la P.E.A. joven. Los obreros en sectores no productivos y los artesanos, por su parte, también registran descensos, aunque menos voluminosos que los anteriores, confirmando que la crisis deprime drásticamente al sector "real" de la economía.

Obviamente la crisis incrementa la exclusión. También aquí, la forma predominante que asume la exclusión es el desempleo abierto (que representa casi el 60% de los excluidos jóvenes y la mitad de la exclusión total). La desocupación juvenil aumentó de 193.8 mil a 288,6 mil (vale decir, del 24.3% en 1980 al 35.1% en 1982). Sin embargo, esta vez la desocupación se ha convertido en un fenómeno que perjudicanotoriamente también a los adultos: en la P.E.A. mayor de 24 años el desempleo aumentó de 184,6 mil a 430,5 mil (pasando de 8.0% a 18.2% en estos años). Incluso la participación de los jóvenes bajó (de 51.2% a 40.1%); vale decir, la crisis ha afectado, en términos relativos, con mayor rigor al mundo adulto. La magnitud del desempleo adulto motivará la creación del POJH (Programa Ocupacional para Jefes de Hogar, que se inaugura con un subsidio que duplica al PEM) en octubre de 1982 -cuyo monto no alcanza a expresarse en las cifras del I.N.E.- en circunstancias que el P.E.M. se había consolidado como un programa que absorbía crecientemente jóvenes y mujeres. En efecto, todavía entre 1980 y 1982 la participación de los jóvenes en el P.E.M. seguía subiendo (alcanzando cerca del 40% del programa en este último año) y había duplicado su volumen (que pasa de 46.9 mil a 98.7 mil jóvenes).

En términos generales, la evolución del empleo entre los jóvenes ha seguido una dramática pendiente: durante la década de los sesentas, la expansión escolar fue acompañada de procesos concomitantes de movilidad ocupacional, que se expresaron sobre todo en la reducción de los "excluido", vale decir, en tasas de desempleo bajas y reducción de las ocupaciones marginales, y también en la vitalidad del empleo obrero y -todavía- en la expansión de los empleos medios asalariados. El curso de la modernización social fundada en la industria y el Estado se desplomó en la década siguiente: se conjugó aquí la presión demográfica de los grupos jóvenes sobre los mercados de trabajo, la desaceleración de la caída de las tasas de participación (pese al aumento de la oferta educacional) y, sobre todo, un agudo proceso de desindustrialización. Todos estos factores -que ocurren, por lo demás, en medio de violentas crisis recesivas-, frenaron bruscamente el proceso de modernización: en adelante, la exclusión (especialmente por la vía del desempleo abierto y del subempleo, pero también por la interrupción de la caída de las ocupaciones marginales) se ensancha y la integración ocupacional de los jóvenes se reduce, principalmente a aquel segmento (que logró obtener escolaridad completa, e incluso superior) que logra acceder al empleo medio en el sector terciario, probablemente el único campo donde queda algún residuo de los procesos de modernización que entusiasmaron a la sociedad chilena hace un cuarto de siglo. La crisis actual es la culminación de este proceso de exclusión y segmentación en que se desenvuelven los jóvenes chilenos.

III. INTEGRACION SOCIAL Y ORIENTACIONES DE ACCION

La presencia de una rebelión juvenil en la sociedad chilena es incuestionable. Tras una década de aparente pasividad, apatía y desmovilización, los jóvenes han emergido como uno de los actores principales de la protesta social. Esta efervescencia y desafío que presentan los jóvenes es un fenómeno que puede ser mostrado fácilmente. De los detenidos por causas políticas en 1983, según fuentes de la Iglesia Católica, la mayor parte de tales detenidos son jóvenes entre 18 y 22 años con una proporción que bordea el 70% en el rango 15-25 años. No obstante, las características de la rebelión juvenil no son homogéneas. Los términos estructurales que definen la posición de los jóvenes, exclusión y segmentación, dan origen a orientaciones de acción diversas y peculiares, pese a una actitud común de rebeldía y protesta. En efecto, esto nos obliga a distinguir al menos, entre los grupos que han conseguido integración social -fundamentalmente los estudiantes de nivel superior- y aquellos grupos sobre los cuales ha recaído más intensa y prolongadamente los efectos de la exclusión, representados sobre todo por los jóvenes que habitan en la periferia de las grandes ciudades. Como hemos visto anteriormente, el quiebre que se produjo en la década recién pasada, de todas las pautas de movilidad social y cultural, escindieron a los grupos jóvenes en estas dos categorías: unos -ciertamente los menos- logran arribar a posiciones integradas en la estructura social, e incluso acceder a posiciones modernas; otros, han sido drásticamente excluidos incluso de las posiciones tradicionales. La segmentación ocupacional (y en gran medida habitacional) se ha mostrado mucho más fuerte que los efectos homogeneizadores de la cultura urbana y de la expansión escolar. El resultado ha sido, pues, el incremento de la distancia entre grupos virtualmente integrados (donde la crisis desmejora su posición en términos relativos) y grupos condenados a una exclusión radical y definitiva. En este capítulo pretendemos revisar las orientaciones y representaciones de la acción colectiva de ambos grupos, haciendo hincapié en la diversidad que existe tras una actitud común: la rebelión.

1. El tipo "integración-deprivación relativa": el caso universitario

La reorganización de la educación superior en la última década ha sido uno de los procesos que más intensamente han afectado las orientaciones y expectativas de los jóvenes. La implementación de un nuevo orden universitario se llevó a cabo con el fin de enfrentar los efectos de la reforma universitaria de los años sesenta: la masificación de la enseñanza superior, el aumento del gasto público, la concentración del crecimiento en las universidades estatales, y sobremanera, el "descontrol" de la actividad académica, la efervescencia universitaria y el radicalismo estudiantil. Las modificaciones que se introdujeron reconocen dos fases: una, marcada por la depuración académica, la reducción y el cierre de centros e institutos de enseñanza e investigación -sobre todo en el campo de las ciencias sociales y humanidades- y la eliminación de los derechos de participación y organización estudiantil. Otra fase, que comienza recién en 1979 y se define con la Ley General de Universidades de 1981, inicia propiamente la reforma neo-liberal del sistema de enseñanza superior. La reorganización universitaria se propuso básicamente privatizar, descentralizar y segmentar la educación post-secundaria, introducir mecanismos de autofinanciamiento que reduzcan la presión sobre el presupuesto fiscal y crear un mecanismo de transición que hiciera posible (dentro de los plazos políticos fijados por el calendario constitucional de 1980) reducir la intervención militar sobre las universidades.

La reforma neo-liberal configuró una nueva estructura de educación post-secundaria que reconoce tres niveles: las universidades, los institutos profesionales y los centros de formación técnica, cuya distribución en 1983 era la siguiente:

Cuadro 23

MATRICULA DE PRE-GRADO Y NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS
EN ORGANISMOS DE EDUCACION SUPERIOR: 1983

	Total	Con aporte fiscal	Sin aporte fiscal
Universidades	107 862 (20)	105 154 (17)	2 708 (3)
Inst. profesionales	24 320 (24)	16 796 (7)	7 524 (17)
Centros form. técnica	39 931 (96)	-	39 931 (96)
TOTAL	172 113 (140)	121 950 (24)	50 163 (116)

Fuente: Ministerio de Educación (en M.A. Garretón y H. Pozo, 1984). Entre paréntesis: número de establecimientos.

La evolución de la matrícula universitaria siguió la pauta característica de muchos países latinoamericanos: en el período de la "reforma universitaria" que abarca los años 1965-1973, la matrícula se incrementó explosivamente: se eleva, en efecto, de 41 801 alumnos (5.6% de la población de 20-24 años) a 145 663 (16.8% de ese grupo), rompiendo drásticamente con el elitismo tradicional de las universidades chilenas. Este crecimiento, sin embargo, se detuvo en los años siguientes y la matrícula empieza a descender hasta alcanzar su punto más bajo en 1980, con 118 978 alumnos (el 10.8% de la población entre 20-24 años). (R. Echeverría, 1982) la matrícula cayó, pues, en más de 25 mil alumnos, en circunstancias que los egresados de enseñanza media mantuvieron una presión constante en todo el período. Entre los años 71-73 las universidades lograban absorber el 57.7% promedio de la demanda; en cambio en el período 74-83 sólo se satisface el 39.2% de aquella. (M.A. Garretón y H. Pozo, 1984). 1/

1/ La matrícula universitaria cae todavía, aunque por vía administrativa, tras las reformas de 1981, que convierte algunas sedes provinciales (Iquique, Chillán, Valdivia y Osorno) y facultades de las universidades estatales (los Institutos Pedagógicos de Santiago y Valparaíso y el Instituto Tecnológico de la Universidad de Chile) en institutos profesionales. Toda esta matrícula ex-universitaria aparece en el cuadro superior como matrícula de IP con aporte fiscal o IP públicos. Este desmembramiento no se produjo en las universidades privadas. En este campo sobreviven las antiguas corporaciones, que continúan gozando de subvenciones estatales pese a su carácter particular. En los últimos años se han creado solamente tres nuevas universidades privadas -en el marco de un frustrado plan por incentivar la iniciativa privada- que reúnen una proporción marginal de la matrícula: alrededor de 2 700 alumnos, apenas el 2.5% de la matrícula total.

La caída de la matrícula universitaria ha sido compensada, no obstante, por la extensión de los institutos profesionales (IP) y centros de formación técnica (CFT) privados, que han adquirido creciente importancia en el último quinquenio. Los IP fueron explícitamente estimulados por las reformas de 1981, al liberar una multitud de carreras (entre éstas las pedagogías, ciencias sociales -excluyendo psicología- y profesiones intermedias en salud, artes y comunicaciones) del control exclusivo de las universidades. Los CFT, por su parte, se benefician de la eliminación de competencia subsidiada: en efecto, pese a que el Estado controla a través de INACAP un 25% de la matrícula en este nivel de enseñanza, también esta corporación está sujeta a régimen de autofinanciamiento. Los IP y CFT sin aporte fiscal -un modelo de enseñanza prácticamente inédito en el país- han logrado reunir cerca de 40 mil estudiantes, es decir, un 27.5% del total de la matrícula post-secundaria. El déficit de matrícula universitaria se ha concentrado en estos estadios de educación superior, controlados en su mayor parte por la iniciativa privada y dispersos en multitud de establecimientos pequeños.

Los cambios en la magnitud y composición de la educación superior van acompañados de nuevas políticas de financiamiento educacional, que refuerzan la diversificación y segmentación del sistema. Por una parte, debe mencionarse la caída del gasto fiscal en educación superior, que provoca la reducción de vacantes universitarias que vimos anteriormente: según las cifras disponibles el gasto sigue un carácter cíclico, vale decir se reduce drásticamente en los períodos de crisis y mejora en los períodos de estabilización, aunque siempre por debajo del nivel que alcanzó durante los años de reforma universitaria. La reforma de 1981 intentó congelar el gasto público en el nivel que alcanzó en 1980 (reajustándola solamente de acuerdo al índice de precios al consumidor (IPC) y subdividirlo en un aporte fiscal directo (prorrateado aproximadamente en razón del número de alumnos de cada establecimiento) y otro indirecto (establecido como bonificaciones especiales a aquellas universidades que captan los 20 000 mejores puntajes de ingreso). Se trataba de estimular la distribución de los recursos fiscales a través de la competencia, pero el resultado de esta política ha sido la sobredotación de recursos para las universidades metropolitanas (en desmedro de las

regionales e IP fiscales) y, conjuntamente, el crecimiento inorgánico de carreras que usualmente captan los mejores puntajes. La crisis, además, obligó a eliminar la reajustabilidad automática de los aportes directos e indirectos e incluso reducir el monto de recursos, produciéndose una nueva y súbita caída del gasto fiscal en educación superior.

Cuadro 24

GASTOS FISCALES EN EDUCACION SUPERIOR SEGUN DEFLACTORES
INE Y CIEPLAN (CON BASE 100:1974)

	INE	CIEPLAN
1957	59.8	59.3
1976	56.7	52.6
1977	78.3	65.2
1978	86.0	66.9
1979	84.1	65.5
1980	84.5	65.8
1981	84.8	66.0
1982	78.1	60.8
1983	56.7	44.1

También la ley estableció un sistema de crédito fiscal que permite a los alumnos cancelar sus aranceles: con la reforma se suprime definitivamente el sistema de arancel diferenciado según ingresos que prevaleció en las universidades chilenas, y fue reemplazado por un arancel parejo diferenciado según carreras y establecimientos. La matrícula universitaria se encareció y reforzó otra vez la segmentación: los aranceles fluctúan de acuerdo a universidades (por regla general son más caras las metropolitanas respecto de las regionales y las privadas respecto de las públicas) y de acuerdo a carreras (que usualmente

gravan las 12 carreras universitarias con un arancel equivalente para descender en las restantes). La variación de los aranceles alcanza porcentajes de hasta 50% entre las distintas universidades y carreras. El crédito fiscal, por su parte, no está asegurado por ley ni se ha ofrecido en cantidades suficientes, de manera que los estudiantes deben hacer normalmente desembolsos directos. El financiamiento universitario está caracterizado, por lo tanto, por la reducción y distribución desigual del aporte fiscal, el aumento de la contribución de los ingresos propios de las universidades (incremento de los aranceles) y una aguda segmentación y estratificación de las corporaciones y carreras según el volumen de los recursos que disponen.

Los IP que no provienen de las universidades estatales y los CFT, por su parte, se encuentran dentro de un régimen de autofinanciamiento: deben autogenerar todos sus recursos y no pueden acceder siquiera a crédito fiscal. También aquí se ha producido la diversificación que venimos comentando: los IP privados tienden a recoger a jóvenes de estratos altos (especialmente mujeres) que no accedieron a la universidad; los CFT (carreras técnicas menores de 2 años de duración), en cambio, recogen a los rechazados de menores ingresos.

También es preciso mencionar los cambios en la composición de los estudios que se han verificado en la educación post-secundaria. En las universidades la reducción de la matrícula afectó principalmente a las ciencias sociales y agropecuarias (cuyas vacantes caen en 1980 a 49 y 48 respectivamente sobre un índice 100 en 1973), y en menor medida a las artes y arquitectura (índice 64), la salud (índice 65) y educación (índice 71). La reducción de vacantes es menos fuerte en el área de tecnologías e ingeniería (índice 79) y en las licenciaturas en ciencias básicas (Briones, 1982). Estos cambios en la composición de la matrícula se corresponden con las transformaciones de la demanda ocupacional que se localiza, en el último decenio, en el sector terciario moderno: los ingenieros civiles y administradores comerciales son los que acceden más fácilmente a las áreas dinámicas. La caída del empleo público, y particularmente de los servicios públicos de bienestar, perjudican, en cambio, a los médicos y a los profesores jóvenes que encontrarán mayores dificultades ocupacionales. La expansión del

el sector privado en estas áreas, al menos en períodos de estabilidad económica, mejora coyunturalmente la situación de estas profesiones.

Por otra parte, se ha demostrado que la rentabilidad diferencial de la educación universitaria ha aumentado en estos años, pese a la masificación previa de la enseñanza superior (Briones, 1982). En 1976, los jóvenes con formación universitaria completa tenían un promedio salarial 5.5 veces mayor que aquellos con octavo básico (primaria completa) y 1.9 veces mayor que aquellos con secundaria completa. En 1980 esta relación había aumentado a 6.4 veces y 2.4 veces respectivamente. Estas cifras dan cuenta de la segmentación social que se produjo, ya por aumentos netos de ingresos entre los profesionales universitarios, ya por deterioros en los estratos bajos (v. gr. la reducción del empleo obrero productivo que hemos comentado en un capítulo anterior). El "credencialismo", vale decir, el afán desmesurado por obtener títulos post-secundarios, ha sido uno de los resultados de esta segmentación de las oportunidades sociales, y probablemente explica la escasa oposición que despertó el encarecimiento de la educación superior en los años en que se implementaron las políticas de autofinanciamiento.

En los IP y CFT que no obtienen aportes fiscales la concentración de la matrícula en disciplinas técnicas-administrativas es enorme. Se dispone de cifras (González, 1984) que muestran que el 40.1% de los estudiantes de CFT estudian carreras de administración y comercio (18 213) mientras el 34.6% (15 728) cursan estudios técnicos industriales (casi todos localizados, por lo demás, en el único CFT público: INACAP). La matrícula privada, en CFT e IP se ha concentrado desmesuradamente en aquellas disciplinas vinculadas a la expansión del sector terciario moderno. En este género se encuentran los estudios de administración de empresas (con menciones en personal, marketing, finanzas, comercio exterior) y también los estudios de computación, publicidad y diseño gráfico, turismo y secretariado. Obviamente, los establecimientos privados (autofinanciados) constituyen su oferta en aquellas disciplinas que mostraban dinamismo ocupacional: los servicios administrativos y el comercio. La sobreoferta de técnicos y profesionales de estas categorías se hará notar severamente durante la crisis actual.

Resulta ineludible mencionar, por último, que la reorganización de la educación superior se produjo en el marco de un estricto control político. Las universidades han estado sometidas durante toda la década al régimen de rectores-delegados (casi todos militares), suprimiéndose con ello la autogeneración de autoridades, que antes de la reforma se realizaba por propuestas en terna del Consejo Universitario, y durante la reforma, por elecciones directas con participación parcial de los estudiantes. Los rectores-delegados cuentan con facultades omnímodas al interior de las universidades: hasta la reforma de 1981 sólo constituyeron comités asesores (también con participación militar); a partir de ésta, los rectores vieron tímidamente limitados sus poderes con la creación de Juntas Directivas, donde no obstante, sólo un tercio de sus miembros son autogenerados por la comunidad docente. Los rectores han ejercido un control vertical en el manejo de las corporaciones: se ha visto afectado el pluralismo académico y no han sido ajenos severos métodos de control sobre las actividades estudiantiles. Todas las universidades (incluyendo las privadas que reciben aportes fiscales), IP y CFT públicos están sometidas a este régimen de intervención. Las corporaciones privadas que no gozan de subsidios, en cambio, tienen administraciones autónomas, aunque están comprometidas legalmente a no permitir a sus estudiantes derechos de participación en la gestión educacional, a través de fórmulas como fueron el cogobierno estudiantil.

Los comportamientos y orientaciones de la juventud estudiantil en la última década están vinculados con esta combinación de control autoritario y profesionalismo que ha imperado en las corporaciones de estudios superiores. Algunos autores han insistido en que el profesionalismo educacional -en donde se mezclan una orientación instrumental de los estudios, una tendencia a disminuir el valor del debate intelectual y salidas ocupacionales relativamente seguras y modernas- reforzaron la apatía y el conservadurismo estudiantil. En un estudio sobre estudiantes de IP privados, realizado en 1982, todavía antes que sobreviniera la crisis, se concluye lo siguiente:

"Las culturas estudiantiles de antaño, amparadas en los subsidios estatales, en una formación liberal y universalista y en la

concentración de grandes conglomerados de estudiantes en un mismo establecimiento, desaparece aquí por completo. Estos institutos han florecido, más bien, con el signo contrario: constituyen un sistema compuesto por numerosos establecimientos privados relativamente pequeños, que imparten una educación muy parcial y especializada y que se orienta directamente según las necesidades y demandas del mercado de trabajo. El estudiante iluminista del pasado -muchas veces displicente y despreocupado frente al futuro individual- se transforma en un estudiante pragmático que opera sobre un cálculo económico de costos y beneficios, y que asume la educación como un bien transable cuyo valor tiene que ver únicamente con la rentabilidad que le produzca.

Por otra parte, el destino de clase de estos estudiantes es enteramente distinto del que prevaleció entre sus propios padres: especialmente el de la clase media funcionaria. Estos jóvenes están llamados, por el contrario, a formar parte de nuevos segmentos de la clase media chilena: aquella que se incorpora al sector moderno de los servicios (principalmente comercial y financiero), que posee calificaciones parciales, pero relativamente avanzadas y que se integra a mercados de trabajo cada vez más en calidad de agentes privados e independientes" (Valenzuela y Solari, 1982).

Esta conclusión puede ser extendida también al estudiante universitario: orientación hacia la movilidad individual, instrumentalismo y especialización cultural, apatía política. Este cuadro, además, se refuerza por las condiciones de autoritarismo político descritas que profundizan la atomización de los jóvenes en el mercado, rompen las solidaridades estudiantiles y limitan sus actividades políticas. Es un hecho reconocido que la ola de radicalismo estudiantil -que alcanza su máxima expresión a comienzos de los setenta- se detuvo en estos años. La contestación estudiantil sólo pudo constituir movimientos de resistencia cultural y comunitarios, pero no alcanzó a conseguir representación gremial estable dentro de las universidades (pese a que las elecciones estudiantiles -aunque indirectas- se permiten en varias corporaciones a partir de 1979), ni organizó expresiones políticas masivas.

La crisis actual, sin embargo, alteró rápidamente este panorama. La crisis del profesionalismo sobreviene con especial fuerza abarcando al menos dos aspectos: por una parte, la sobre oferta de egresados en disciplinas "modernas" (especialmente los técnicos intermedios en administración comercial, computación, secretariado, etc.) y también las restricciones en las posibilidades ocupacionales de los profesionales liberales debilitan seriamente las expectativas y optimismo modernista de los años anteriores. La constitución de una oferta educacional inorgánica, sobre todo en los IP privados que operaban de acuerdo a criterios de mercado, y las restricciones que impone la crisis sobre el empleo privado, explican el surgimiento y extensión del desempleo ilustrado (cuya cuantificación, sin embargo, no se ha hecho). Por otra parte, la crisis limita las posibilidades de financiamiento individual de la educación superior. En los CFT -sujetos a autofinanciamiento como vimos- se llenaron sólo un 70% de las vacantes ofrecidas en 1983 (23 144 alumnos para 32 289 vacantes de pregrado) y tampoco los IP sin financiamiento fiscal lograron cubrir todas sus vacantes (3 987 alumnos ingresaron para 5 003 vacantes ofrecidas). En el mismo año, las vacantes ofrecidas por el sistema subsidiado se llenaron completamente, aunque en este caso las dificultades se concentran en la insuficiente provisión de crédito fiscal. (Garretón y Pozo, 1984).

La crisis del profesionalismo va acompañada también en gran medida de una crisis de legitimidad del régimen político autoritario: en el curso de los últimos años, en efecto, se constituyen formas -inéditas en la década- que expresan y socializan el descontento.

La manifestación más importante de lo que se afirma en la universidad es la reconstrucción de las federaciones de estudiantes universitarios y la representación que alcanza en ellos la oposición estudiantil, verificada entre los años 83-84. En octubre de este último año, el primer Congreso Nacional de Estudiantes realizado en Valparaíso reunió a 16 federaciones estudiantiles, todas con predominio de la oposición, incluyendo entre éstas a la FECH la poderosa e histórica federación de la Universidad de Chile, refundada meses antes. La oposición estudiantil obtuvo, siempre a través de elecciones directas,

12 federaciones universitarias (mientras las restantes mantienen directivas designadas o no han realizado todavía elecciones directas). Además, existen federaciones opositoras en 4 de los 7 IP públicos (las restantes mantienen situaciones irregulares) y comienzan también a organizarse los estudiantes en establecimientos privados. La oposición estudiantil no ha perdido ninguna elección directa en este lapso, ya sea con lista única de oposición (caso FECH) e incluso con listas apartes.

La tendencia electoral de los estudiantes, tras una década de receso político, queda claramente expuesta en las elecciones de la FECH realizadas en octubre de 1984.

Cuadro 25

ELECCIONES FECH EN AÑOS ESCOGIDOS

	1960	1965	1969	1984
Centro	3 197 (41.9)	5 042 (47.1)	3 988 (30.7)	4 428 (34.4)
Izquierda	2 085 (27.3)	4 254 (39.8)	6 284 (48.3)	4 327 (33.6)
Derecha	1 244 (14.5)	514 (4.8)	2 350 (18.1)	3 680 (28.6)
Otros	1 105 (16.3)	889 (8.3)	388 (2.9)	426 (3.3)
TOTAL	7 631	10 699	13 010	12 861

a/ Centro: incluye solamente a la democracia cristiana.

b/ Izquierda: incluye comunistas, socialistas y extrema izquierda en años 65 y 69

c/ Derecha: incluye conservadores (60-65), partido nacional (69) y derecha nacionalista, gremialista y nacional (84)

d/ Otros: incluye radicales (60-65-69) y partido humanista (84)

Las elecciones mostraron, en efecto, que se recompuso la primacía de centro-izquierda que caracterizó por muchas décadas a los estudiantes chilenos. También indican que la ola de radicalismo estudiantil que cruzó el periodo de reforma universitaria (y que se expresa de una manera aproximada en el crecimiento de la votación de la izquierda en

ese período) no reaparece con tanto vigor, pese a que dos tercios de la votación de izquierda en la FECH corresponde a la izquierda radical (comunista y socialistas afines). Resulta significativa además la votación estudiantil de la derecha, por encima de sus registros históricos. No obstante, la votación predominante de la derecha estuvo en los grupos menos comprometidos con el régimen a la vez que la exclusión de los pedagógicos y sedes provinciales probablemente han producido una sobrerrepresentación de la derecha estudiantil respecto de la década pasada. De cualquier manera, pese a la existencia de un potencial de radicalismo estudiantil no despreciable, la oposición tiende a reconstruirse en torno al centro: un fenómeno muy diferente del que prevalece entre los jóvenes excluidos, como veremos enseguida.

2. El tipo "exclusión-deprivación absoluta":
la juventud popular urbana.

En una sección anterior hemos visto la magnitud de la exclusión ocupacional que ha afectado a los jóvenes en el último decenio. Tras este proceso se ha ido ampliando y profundizando la marginalidad urbana, e imperceptiblemente se ha ido distinguiendo al interior de ésta una categoría social que adquiere perfiles propios: los jóvenes. Es suficientemente sabido que las diferencias etarias no solían ser relevantes dentro de los estratos bajos de la población. La incorporación temprana al trabajo y al matrimonio diluían rápidamente estas diferencias. Sólo la expansión escolar ocurrida en las últimas décadas comenzó a introducir el clásico "período de transición" que caracteriza a la juventud. Paradojalmente este efecto educacional se ha sumado en los últimos años al bloqueo ocupacional y habitacional, que han prolongado la "edad juvenil" en los estratos bajos. El desempleo y subempleo generalizado que afecta a los jóvenes, así como las dificultades para constituir hogares propios, son procesos que contienen el ingreso de los jóvenes en el mundo adulto. También coopera en esta situación el origen casi enteramente urbano de las nuevas generaciones (en oposición al origen migrante de las antiguas) y la exposición de los jóvenes a la cultura urbana de masas que refuerzan su condición de tales (permeabilidad a las culturas juveniles de clase media). Expansión escolar, incapacidad de obtener independencia económica y habitacional, origen urbano, así como la magnitud y densidad de jóvenes que comparten esta situación, son todos procesos que hacen surgir a los jóvenes excluidos como un grupo social distinto dentro del mundo de la marginalidad urbana.

En esta sección expondremos, casi siempre con datos que provienen de encuestas, las características y orientaciones de acción que prevalecen entre estos jóvenes. Para empezar se debe recordar la profundidad de la exclusión ocupacional que se ha

producido y su signo predominante: la desproletarización de la juventud, otrora esencialmente obrera. Podemos ilustrar la situación que impera en las poblaciones "marginales" del Gran Santiago con datos provenientes de una encuesta realizada en el período más intenso de la crisis recesiva actual, en la primavera de 1983 (Valenzuela, 1984).

Es evidente que la crisis deprime profundamente la situación ocupacional de estos jóvenes: un 37.8% de ellos se encuentra cesante (la encuesta excluyó a los BTPV e inactivos en general) y otro 27.4% se halla en los programas gubernamentales de empleo mínimo, particularmente en el POJH, que absorbió una parte de la desocupación enorme que se produjo al comenzar la crisis. Otro 12.7% de los jóvenes se distribuye en las ocupaciones marginales tradicionales, especialmente comerciantes y trabajadores en servicios marginales, y en menor medida ayudantes y aprendices y empleadas domésticas. La exclusión -usando las definiciones que hemos usado anteriormente- alcanza al 77.9% de los jóvenes en las tres poblaciones encuestadas, fluctuando entre 72.8% en San Gregorio (una población consolidada creada hace veinticinco años con programas oficiales de vivienda) y 83.5 en Lo Hermida (una zona de "campamentos" con viviendas precarias y urbanización deficiente). Llama la atención, en efecto, la profundidad y homogeneidad con que la crisis golpea a los jóvenes. También es importante destacar la participación marginal del empleo obrero en sectores productivos (industria, construcción, transporte), apenas el 4.4% de la muestra, menos importante que los obreros no productivos (7.5%), artesanos (5.0%) y empleados de baja jerarquía (5.2%). La crisis, como se ha visto más atrás, culminó el proceso de desproletarización y exclusión que se ha producido en estos años.

Cuadro 26

SITUACION OCUPACIONAL DE JOVENES DEL ESTRATO POPULAR (1983)

	Cesantes	PEM	Com. y trab. marg.	POJH	Ayud. y aprend.	Emp. Dom.	Op. com servic	Art. y cuent prop.	Obreros	Empleados
JOVENES										
San Gregorio	37.4	7.5	5.5	17.0	2.7	2.7	11.7	5.4	3.4	6.7
Lo Hermida	46.2	1.5	5.5	24.3	1.5	4.5	6.5	4.0	3.5	2.5
H. de la Victoria	32.3	3.2	10.1	27.6	2.8	2.3	5.6	5.4	6.0	4.7
TOTAL	37.8	3.7	7.2	23.7	2.4	3.1	7.5	5.0	4.4	5.2

Las trayectorias ocupacionales de la cohorte de jóvenes entrevistados está marcada también por niveles de exclusión altos y fuerte inestabilidad laboral. En 1980 (un año de "prosperidad" económica como hemos dicho) alrededor de la mitad de estos mismos jóvenes (considerando solamente aquellos que se encontraban incorporados en la fuerza de trabajo en esa fecha) figuraba en las categorías de la exclusión ocupacional que hemos descrito, para aumentar a alrededor del 75% con la crisis actual. Por otro lado, el 34.6% de estos jóvenes había dispuesto de ocupaciones que duraban en promedio menos de 6 meses, y el 63.9% había tenido trayectorias ocupacionales con empleos que duraban en promedio menos de un año. Estas cifras confirman la precariedad y alta rotación del empleo juvenil aún con anterioridad a la crisis.

También es ineludible mencionar que se trata de una cohorte de jóvenes con un nivel de escolaridad relativamente alto: 8.7 años de estudio promedio. El perfil escolar de estos jóvenes está caracterizado por una fuerte promoción intergeneracional (sus padres no alcanzaban los 6 años de estudio en promedio), por niveles todavía importantes de deserción escolar en el ciclo básico que afectan a los hombres (la mitad de aquellos) obligados a apoyar el sustento familiar, por un acceso muy significativo al ciclo medio que favorece a las mujeres (un tercio de ellas logra completar la enseñanza secundaria) y por límites infranqueables en el acceso a la educación superior. Estos datos permiten sostener que aunque persiste deserción escolar en la enseñanza básica (y probablemente ha aumentado con las dificultades económicas), la deselitización de la enseñanza secundaria es un proceso consolidado.

La exclusión ocupacional se ha combinado conflictivamente, pues, con aumentos significativos en la escolaridad formal de los jóvenes. La capacidad de integración cultural de la escuela, en estas circunstancias se ha reducido notablemente.

Cuadro 27

NIVEL DE ESCOLARIDAD DE PADRES E HIJOS, SEGUN SEXO EN EL ESTRATO POPULAR
(ENCUESTA VALENZUELA, 1984)

	PADRES		JOVENES	
	Padre	Madre	Hombres	Mujeres
0-6 Básico	66.1	72.4	19.0	10.3
7-8 Básico	11.8	11.9	29.3	25.8
1-3 Medio	8.6	7.7	35.9	33.5
4 Medio y más	7.6	4.4	15.8	29.9
N/R	5.9	3.6	-	0.5

Las dificultades ocupacionales no son la única manifestación de la exclusión. También debemos mencionar aquí los procesos que han afectado la familia obrera y la exclusión habitacional que sufren estos jóvenes. Las observaciones realizadas en el último tiempo (Valenzuela, 1984) indican que se ha producido una reversión o estancamiento del proceso de nuclearización de la familia obrera (reaparición de las familias extensas y aumento de la densidad de los hogares), cuyo origen es la incapacidad de los jóvenes por constituir hogares autónomos. Tales observaciones indican, en efecto, que:

a) el promedio de personas por hogar registrado alcanza a 6.6 (mientras DESAL obtenía 5.67 hace veinte años);

b) la proporción de familias extensas superó el 50% de los hogares entrevistados, y entre éstas la modalidad principal es aquella que alberga hijos casados con su descendencia en casa de sus padres; y

c) se encuentra que el 54.2% de los jóvenes casados de la muestra convive con sus padres o suegros y otro 20.6% es allegado neto (comparte residencia pero no ingresos con algún otro hogar).

Esta incapacidad de los jóvenes por acceder a vivienda propia -y organizar con ello familias estables- proviene, sin duda, de las políticas de libre mercado aplicadas en este campo (que reduce notoriamente la construcción de vivienda popular) y de la propia crisis ocupacional antes mencionada (que impide contar con ingresos estables y suficientes para segregar hogares). El promedio anual de viviendas iniciadas desciende de 52 mil unidades en el período 71-73 (mientras en el quinquenio anterior era cerca de 40 mil) a 30 mil unidades en el período 73-82. Asimismo la proporción de viviendas iniciadas por el sector público, que superaba el 50% antaño, desciende a 19.5% en el último período. El ritmo ascendente de construcción de viviendas se interrumpe en los últimos años y prima la edificación iniciada por el sector privado, que produce de acuerdo a demandas de mercado. Con ello, se estima que el déficit de vivienda se habría incrementado en 300 mil unidades en la última década, alcanzándose un déficit total de alrededor de 850 mil viviendas (Rodríguez, 1984).

Estos límites en el acceso a la vivienda popular se encuentran tras la yuxtaposición de familias en hogares ya precarios. Los trastornos que esto provoca son enormes: en términos generales resienten la cohesión familiar y la estabilidad de los matrimonios jóvenes. Se ha sugerido también que los déficits habitacionales están vinculados con la importancia que adquiere entre los jóvenes la procreación fuera del vínculo matrimonial y al aborto. Como sea, la presión por vivienda ha aumentado fuertemente: se calcula que los allegados fluctúan entre 135 y 200 mil familias en Santiago, lo que representa una demanda reprimida por sitios, del orden de unas 4 a 6 mil hectáreas. La envergadura de los movimientos de toma de terreno es una prueba de la importancia de esta demanda.

Cuadro 28

ESTRUCTURA DE LAS FAMILIAS SEGUN TIPO Y SITUACION HABITACIONAL EN EL ESTRATO POPULAR

	Nuclear simple	nuclear c/joven casado	nuclear allegado neto	extensa c/otro pariente	extensa c/sobri- nos	extensa c/herma- nos cas.	extensa c/joven casado	extensa c/ambos	extensa c/otro matrim.
	(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)	(9)
San Gregorio	33.3	1.4	6.1	9.5	10.9	25.2	6.8	4.1	2.7
Lo Hermida	44.6	6.9	8.9	8.9	2.5	14.9	6.4	3.0	4.0
H. de la Vict.	33.0	5.8	13.1	11.8	11.8	7.7	10.0	3.2	4.5
TOTAL	37.2	4.7	9.8	10.2	8.2	14.7	7.9	3.3	3.9
JOVENES									
Solteros	46.8	-	7.1	13.0	10.3	17.6	-	-	5.3
Casados	-	24.2	20.0	-	-	-	35.0	19.2	1.6

Cuadro 29

NIVEL DE ORGANIZACION SOCIAL ENTRE JOVENES DEL ESTRATO POPULAR

	NO ORGANIZADOS	BAJA ORGANIZACION a	ORGANIZACION MEDIA b	ALTA ORGANIZACION c
San Gregorio	45.6	36.1	8.8	9.5
Lo Hermida	38.6	38.1	16.3	6.9
Pudahuel	44.8	25.8	12.7	16.7

a/ incluye clubes deportivos.

b/ incluye organización vecinal, sindicatos, centro culturales y juveniles.

c/ incluye comunidades cristianas.

Fuente: Valenzuela (1984)

La exclusión ocupacional y habitacional son los síntomas clásicos de la marginalidad urbana. En ambos casos se trata de exclusiones que afectan prioritariamente a los jóvenes, como hemos mostrado. También es importante agregar, sin embargo, los déficits de participación que registra la juventud popular. La encuesta anteriormente citada encuentra que alrededor del 70% de los jóvenes carece de organización, como no sean los clubes deportivos (que atraen principalmente a los hombres). La tasa de sindicalización es prácticamente nula (1.1%), lo mismo que en organizaciones vecinales (0.5). Sólo la participación en comunidades religiosas (que alcanza al 11% de los jóvenes) y en grupos vinculados a parroquias (10.8%) mejora los índices de organización juvenil (ver cuadro). La participación política y corporativa está cancelada en condiciones de autoritarismo político y desintegración ocupacional, y sólo

es brevemente compensada por la participación comunitaria vinculada a las iglesias, que ha sido uno de los principales refugios frente a la crisis.

En definitiva, la integración de los jóvenes con el mundo de las instituciones sociales se limita a la escuela. Fuera de ésta reina un completo divorcio respecto de la sociedad organizada, y sobremanera frente al Estado que aparece a los ojos de los afectados -en las condiciones que hemos descrito- como un instrumento casi exclusivamente penal.

En las condiciones de exclusión y desintegración que hemos descrito, el mundo de estos jóvenes aparecerá como una multitud de conductas desorganizadas y culturalmente vacías, que se han asociado a la anomia (Valenzuela, 1984). Todos los procesos que concurren en la constitución de los grupos jóvenes marginales llevan esta dirección: desintegración e inestabilidad laboral, descomposición y ruptura de la cohesión familiar, exclusión política y desorganización social. Todos los procesos de exclusión respecto de la sociedad organizada (el mundo de las instituciones sociales) han sido al mismo tiempo procesos de desintegración de la vida y solidaridad colectivas.

Las orientaciones de acción que resultan de estas condiciones han sido reseñadas de la siguiente manera:

Cuadro 30

	Momentos de Estabilidad Económica	Momentos de Crisis Económica
Jóvenes no organizados	Retraimiento (Drogas)	Rebelión (Revuelta)
Jóvenes Organizados	Refugio (Comunidades cristianas)	Movilización (Radicalismo)

En una dimensión horizontal observaremos que las conductas de retraimiento y rebelión corresponden a jóvenes no organizados, que indican la mayor intensidad anómica. Las conductas de refugio y movilización, en cambio, congregan a los jóvenes organizados y señalan la línea de reducción anómica. En una dimensión vertical notaremos, a su vez, que las conductas de retraimiento y refugio prevalecen en períodos de estabilidad económica mientras las de rebelión y movilización son propias de períodos de crisis. En el primer caso predominan las múltiples formas de reacción y defensa frente a las condiciones de marginalidad; en el segundo se abren posibilidades para un enfrentamiento social generalizado. En la precrisis, en efecto, las orientaciones características de los jóvenes de estratos populares estuvieron marcadas por dos fenómenos: la generalización en el uso de drogas y el surgimiento de los movimientos católicos de base popular.

El uso de drogas ha sido asociado principalmente con aquellas conductas que se orientan hacia la búsqueda de placer inmediato. (Lailhacar, 1982). Es el caso del uso de drogas, pero también de las orientaciones vinculadas con el erotismo, la música y la recreación. La experiencia con drogas tiene, en la actualidad, un fin casi exclusivamente evasivo: goce inmediato y efectos ansiolíticos que rompen, aunque sea pasajeramente, con las estructuras reales de espacio y tiempo y permiten sortear las penurias de la vida. Al mismo tiempo, la droga ha dejado de ser una experiencia culturalmente densa, ni está vinculada tampoco con orientaciones comunitarias. La modalidad hippie del uso de drogas ha desaparecido. Las conductas eróticas de los jóvenes marginales, caracterizadas por la desinhibición y el desprejuiciamiento -aunque esencialmente inestables- se ubican también en este género de orientaciones hacia la búsqueda de placer inmediato.

Por otra parte, la reacción contra estas condiciones de desintegración (y la proliferación de conductas desorganizadas) ha sido el refugio comunitario. Algunos autores han sostenido que el florecimiento de las comunidades eclesiales de base en el medio popular ha sido precisamente la respuesta frente a los efectos atomizadores del mercados y de la exclusión estatal. También se ha establecido su conexión con los antiguos movimientos pentecostales, en los siguientes términos: "Estas comunidades actúan exactamente en el sentido de las comunidades pentecostales descritas por Lalive (1969) en el caso chileno: reducen el desarraigo social a través de la restitución del grupo primario, constituido en torno a una red de relaciones afectivas y valores compartidos. El pentecostalismo fue, en efecto, la contraparte del modelo de integración obrero. La expansión pentecostal es simultánea al período de migraciones internas (alrededor de la década del 30) que coincide a la vez con la declinación de la sociedad rural y los inicios de la industrialización.

Este típico fenómeno de transición provoca desarraigo en las masas populares. Pues bien, Lalive también descubre que el pentecostalismo penetra justamente en las categorías marginales de la sociedad movilizadada, en las periferias urbanas y en las zonas rurales de frontera donde la estructura de la hacienda se deteriora más intensamente. En términos generales, mientras el socialismo crece como ideología obrera, el pentecostalismo se desarrolla entre las masas marginales desarraigadas (quienes se refugian dentro de un orden de valores tradicional y se extraña culturalmente de la sociedad urbana). "(Valenzuela, 1984)

Aunque las CEB sean portadores de una teología diferente de las comunidades pentecostales tradicionales expresan una reacción frente a una situación similar: la cancelación de la vías o modelo obrero de integración (trabajo asalariado, sindicalismo, acceso a la representación política en el Estado). Las CEB, como aquellas, restauran en estas condiciones una ideología comunitaria

(ayuda mutua, cooperación, solidaridad, derechos humanos) invocando, en definitiva, la necesidad de restaurar la solidaridad y dignidad colectivas deterioradas.

La crisis ha establecido una nueva situación en la que los jóvenes de condición popular urbana tienen un papel relevante. En la medida en que los canales regulares de integración social y los canales de expresión política y de opinión se encuentran bloqueados, los jóvenes de estratos popular urbano, duramente golpeados por los efectos de la crisis, asumen una intervención social no prevista ni en la organización política del Estado ni por los agrupamientos políticos que disienten con ella.

La protesta urbana ocupa el lugar de las protestas en los medios laborales o de estudio y tiene rasgos que permitirían calificarla de "rebelión anómica". Por una parte dada la carencia de estructuración con instituciones y agrupamientos políticos tiene carencia en cuanto a contenidos reivindicativos. Por otra parte el bloqueo de los canales de participación establece una alta agresividad en las formas de lucha.

Sin duda el radicalismo político de los jóvenes marginales surge de las condiciones que se han descrito y plantea hondas interrogantes sobre el destino de esta generación.

REFERENCIAS

- ARAVENA, José: Los que Buscan Trabajo por Primera Vez: Tendencias, Características y Motivaciones (1957-1978). Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1981.
- BRIONES, Guillermo: Las Universidades Chilenas en el Modelo de Economía Neo-Liberal: 1973-1981. Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982.
- CACERES, Carlos: Participación Laboral y Desocupación, según Estratos de Ingresos. Gran Santiago, 1957-1978. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1981.
- DESAL: La Marginalidad Urbana: Origen, Proceso y Modo. Resultados de una Encuesta en Poblaciones Marginales del Gran Santiago. Ed. Troquel, Buenos Aires, 1970.
- ECHEVERRIA, Rafael: La Evolución de la Matrícula en Chile: 1935-1981. Documento de Trabajo. Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 1982.
- ERRAZURIZ, Enrique: Perspectivas de Empleo y Capacitación para los Jóvenes: Chile, Año 1985 al 2000. PIIIE-UNESCO: Seminario Taller Chile, "Educación e Ingreso al Trabajo de Jóvenes de Sectores Populares", Santiago, 26-28 de Noviembre de 1984.
- GARRETON, Manuel Antonio y POZO, Hernán: Universidades Chilenas y Derechos Humanos. Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Santiago, 1984
- GONZALES, Luis Eduardo: Antecedentes y Proposiciones para Mejorar la Capacitación y los Niveles de Ocupación de los Jóvenes. PIIIE-UNESCO, "Educación e Ingreso al Trabajo de Jóvenes de Sectores Populares"; Seminario Taller Chile, Santiago, 26-28 de Noviembre de 1984.
- HESKIA, Isabel: Distribución del Ingreso en el Gran Santiago, 1957-1978. Documento de Investigación, Departamento de Economía, Universidad de Chile, 1980.
- LAILHACAR, R. y otros: Juventud, Drogas y Neoprén. Ed. Leo, Santiago de Chile, 1982.

- LALIVE, Cristián: El Refugio de las Masas. Estudio Sociológico del Pentecostalismo Chileno. Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1968.
- LATORRE, Carmen Luz: La Asignación de Recursos a la Educación en los Últimos Años. Corporación de Promoción Universitaria, Santiago. Documento de Trabajo Nº 97, 1978.
- LIVACIC, Ernesto: Ocupación y Desocupación de los Jóvenes de 14- 19 años en el Gran Santiago, 1965-1981. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile, 1982.
- MARTINEZ, Javier y TIRONI, Eugenio: Estratificación y Cambio Social en Chile en la Década del Setenta. CEPAL, Documento de distribución restringida E/CEPAL/R. 349, 1983.
- MARTINEZ, Javier y LEON, Arturo: La Involución del Proceso de Desarrollo y la Estructura Social. Documento de Trabajo, Centro de Estudios del Desarrollo, Santiago de Chile, 1984.
- RODRIGUEZ, Alfredo: Por Una Ciudad Democrática Ediciones SUR, Colección Estudios Sociales, Santiago de Chile, 1984.
- ROSALES, Osvaldo: La Mujer Chilena en la Fuerza de Trabajo: Participación, Empleo y Desempleo (1957-1977). Tesis ESCOLAFINA, Universidad de Chile, 1979.
- VALENZUELA, Eduardo y SOLARI, Ricardo: Los Jóvenes de los Ochenta; Un Estudio Sociológico de la Nueva Generación Estudiantil de Clase Media. Santiago: SUR, Documento de Trabajo Nº15, 1982.
- VALENZUELA, Eduardo: La Rebelión de los Jóvenes. Ediciones SUR, Santiago de Chile, colección Estudios Sociales, 1984.